

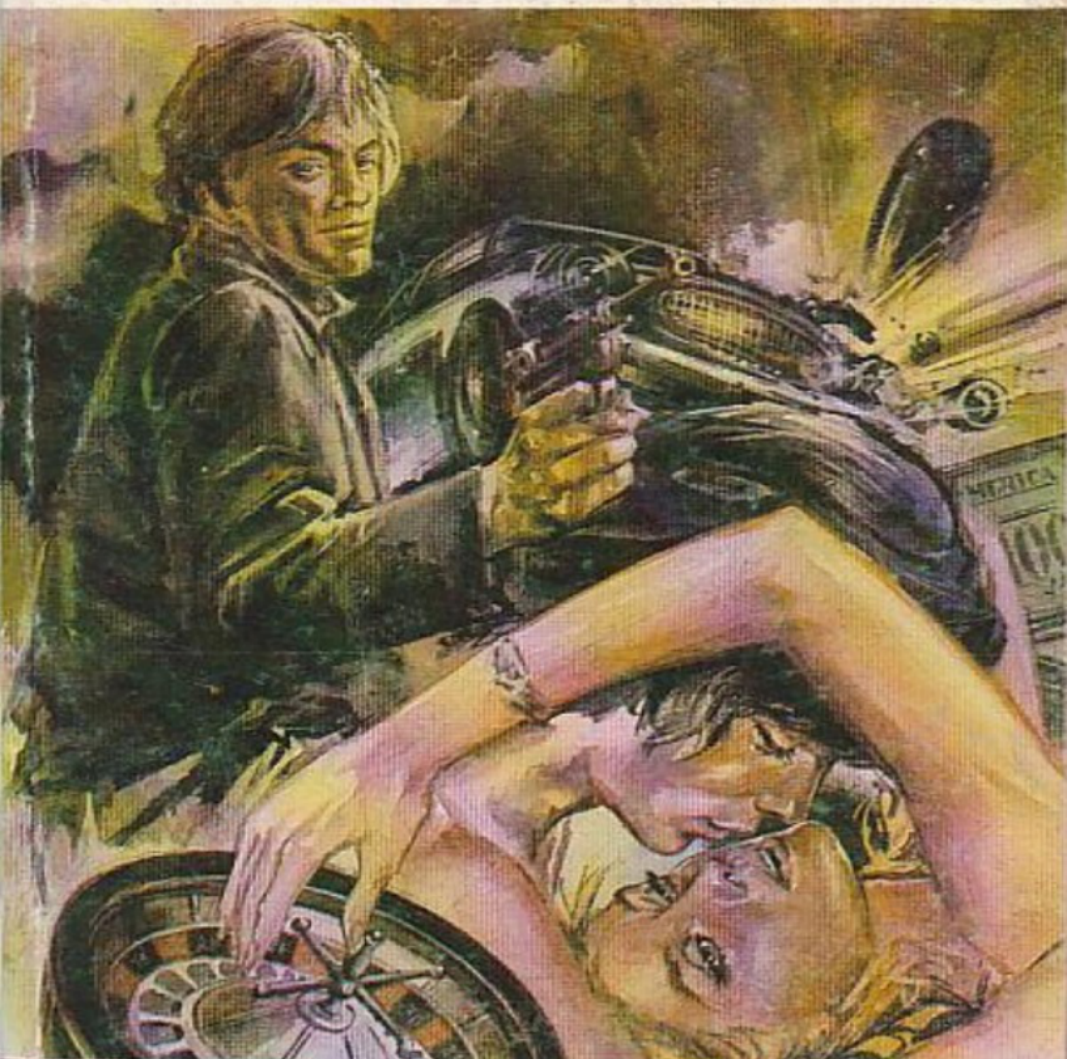
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIAO

**PREMIO,
muñeca**

Silver Kane



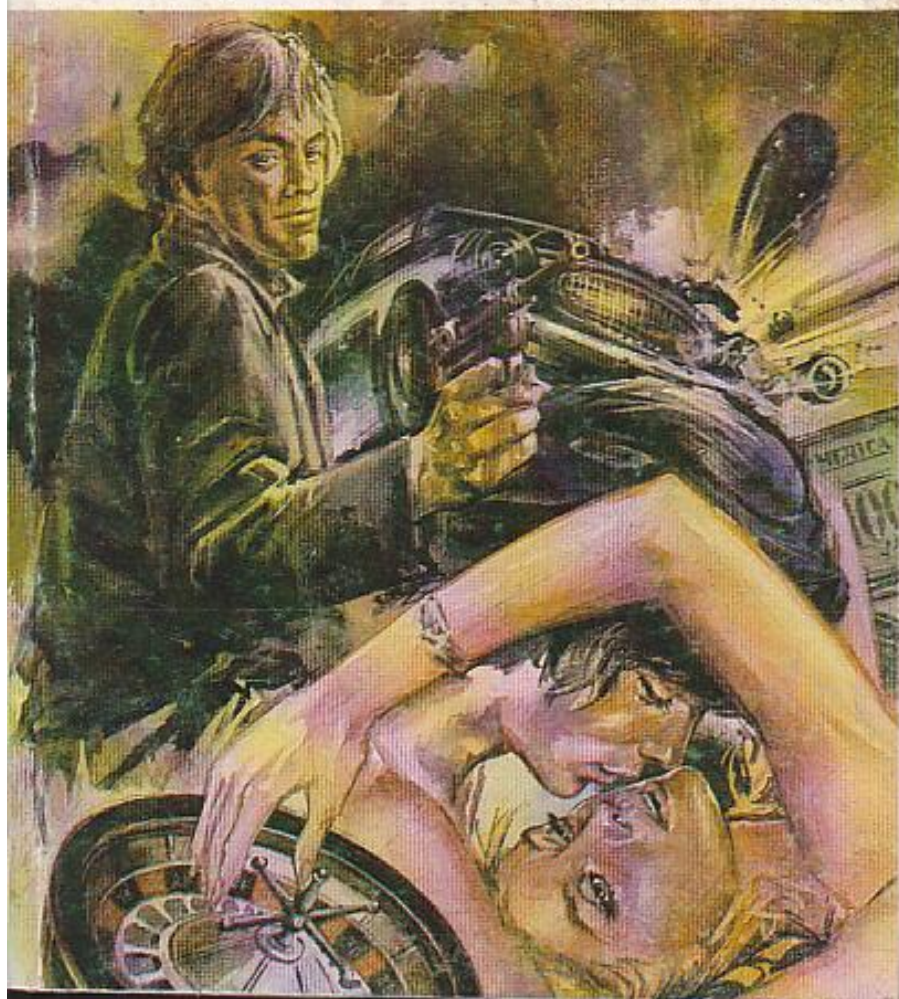
**BRU
GUE
RA**

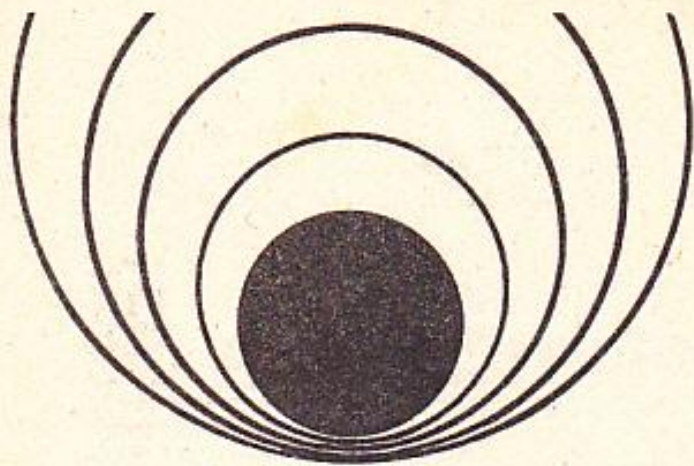
BOLSILIBROS

POLICIACO

**PREMIO,
MUÑECA**

Silver Kane





PUNTO ROJO



SILVER KANE

PREMIO, MUÑECA

Colección PUNTO ROJO n.º 1.165 Publicación semanal ROJO

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS
COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Bravo Oeste

Héroes de la Pradera

ISBN 84 02 02520-X Depósito legal: B 35.74&I9S4

Impreso en España Printed in Spain

1.* edición en España: diciembre, 1984

1.ª edición en América: junio, 1985

© Silver Kane - 1984

texto

© Garda - 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA. S.
A. Camps y Fabrés. 5

08006 Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S A. Parets del
Vallés (N 152, Km 21,6501 Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

Todos los lectores de las ediciones dominicales del *New York Times*, el *Chicago* y e!

Washington Post, que con el *Los Angeles Times* son los más importantes de los Estados Unidos, recuerdan los detalles de la muerte de Lovella Thatcher. Fue algo estremecedor y casi increíble.

La autopsia reveló que no sólo había sido violada más de diez veces, sino que mientras tanto le habían ido infligiendo pequeñas cuchilladas hasta causarle la muerte, quemando luego el cadáver rociado con gasolina. Pero había un nuevo detalle sobrecogedor en aquella autopsia y que la prensa descuidó durante largo tiempo.

El forense informó que no había sido quemado el cadáver en sentido estricto, sino que cuando la rociaron con líquido inflamable y acercaron un fósforo aún estaba viva. Más tarde, otro forense dijo que no, que había exhalado su último suspiro. Pero la duda era bastante macabra como para que sobre este hecho corrieran ríos de tinta.

Bueno, esto lo supieron los apacibles lectores de los principales diarios del país aquella tranquila mañana de septiembre, pero la policía de Nueva York lo había sabido a primeras horas de la tarde anterior. Fue cuando el cuerpo apareció en un viejo almacén medio podrido y abandonado, dentro del recinto portuario de Hoboken.

Hoboken está río Hudson arriba, y forma parte del enorme complejo de los muelles de Nueva York. No suele ser citado como un sitio recomendable. Hay allí violadores, chulos, asesinos y sobre todo muchos pistoleros a sueldo que trabajan a cuenta de los sindicatos portuarios y de la mafia. Porque los puertos mueven muchísimo dinero legal o ilegal, y los obreros que trabajan en ellos suelen figurar entre los mejores pagados del mundo, no siendo extraño que un descargador gane más que un ingeniero que ha diseñado el buque en el que está trabajando. Por ello allí se producen todas las coacciones y todas las ilegalidades, y si el amable lector quiere acabar sus días con una jubilación tranquila hay que recomendarle muy encarecidamente que no escoja para su retiro la zona de Hoboken.

Si esa zona no es recomendable, tampoco lo era el hombre que descubrió el cadáver.

Tenía un metro noventa de estatura, pesaba cien kilos, había sido

campeón de «catch», podía tumbar a un hombre con un golpe de mandíbula y llevaba a sus espaldas más de quince muertos. Cierta vez en que le hicieron una entrevista y le preguntaron cuál era su afición favorita, contestó: «Pasar a un hombre por una batidora.»

En fin, un tipo recomendable.

Se llamaba Lane, pero la gente que hubiese querido verle muerto le llamaba Stone, es decir «piedra», aunque en este caso la palabra se aplicaba en el sentido de lápida de sepultura. Debido a ellos, muchos le llamaban Tombstone, igual que la legendaria dudad del

Oeste.

Bueno, pues antes de descubrir el cadáver de Lovella Thatcher el tal Tombstone estaba realizando un trabajo muy entretenido. Se dedicaba a partir en pedazos la columna vertebral de un fugitivo de presidio que en su día había matado a un hombre y violado a

una chica.

Tombstone lo tenía abrazado.

Le apretaba los riñones y la parte baja del espinazo en una terrible llave de «catch».

El otro estaba intentando sacar una pistola.

No lo consiguió.

Tombstone le dijo caritativamente:

—Te van a tener que entablillar con cemento armado, macho.

Y apretó un poco más.

¡CHASK!

El chasquido siniestro de los huesos rotos tuvo que oírse en todos los muelles. En un último y dramático espasmo, el hombre que estaba siendo machacado pudo disparar, pero hacia un flanco. Tombstone lo soltó inmediatamente y lo vio caer a sus pies como un guiñapo sin fuerza.

Pero eso no era todo.

No tenía tiempo que perder.

Tucker, el fiambre, tenía un cómplice, y ese cómplice estaba disparando con un

«bulldog» desde detrás de un coche estacionado junto a un cobertizo. Tombstone sabía muy bien que en ese coche —un «Pontiac» seis cilindros, modelo del 84— era el cacharro capaz de alcanzar los 210 por hora con el que ambos pensaban huir hacia el Estado de Maine.

Tucker ya no huiría a ninguna parte.

Ni siquiera lo querrían en el infierno con aquella espalda rota.

Pero Nolan, el cómplice, estaba allí, y se había puesto ya pesado con tanto disparar.

Menos mal que el muy imbécil tenía sólo un «bull-dog», es decir, el revólver más chato que existe, y con un cañón tan corto que no se puede hacer puntería a más de treinta yardas. Por lo tanto todas las balas pasaron muy cerca de Tombstone, pero ninguna llegó siquiera a rozarle las pelotas.

Por lo tanto Tombstone corrió hacia él.

El tío venía en zig zag como una bala.

Con su estatura y con su peso, Tombstone parecía un blanco fácil, pero su movilidad resultaba asombrosa. Cambió de rumbo cinco veces en cinco segundos mientras el otro seguía disparando. Y cuando Nolan se dio cuenta que ya había agotado los seis plomos del cilindro y no tenía tiempo para introducir en el mismo una recarga, lanzó un grito de horror y empezó a correr como un loco hacia los tinglados de los muelles.

Tombstone fue tras él.

Nolan trepó lanzando aullidos a lo alto del tinglado, por las escaleras metálicas.

Tombstone le siguió lanzando unos aullidos peores todavía.

Mientras subían y jadeaban los dos se saludaron a gritos, demostrando así el gran afecto que se tenían.

—¡Cabrón!

—¡Marica!

—¡Mamón!

—¡Hijo de puta!

Lo malo era que en aquel lugar aislado nadie les oía. Era una lástima porque se podía

haber invitado a los niños de las escuelas para que oyeran el concierto.

Nolan llegó a lo alto del tinglado.

Ya no podía huir más.

Se volvió con las facciones enrojecidas.

Una especie de espuma escapaba por sus labios.

En su derecha brilló de repente un cuchillo de matarife.

Tombstone avanzó con las manos limpias.

Por descontado que él también llevaba un arma, y en este caso un arma la mar de respetable, de esas que curan la peor enfermedad con un solo pildorazo. Era un

«Magnum» calibre especial, con la mitad de sus balas luciendo una terrorífica puma blindada y la otra mitad preparadas con mercurio, de modo que estallasen como una bomba en el interior del cuerpo del afortunado ganador de la rifa. Por supuesto que nada de eso era reglamentario, y por supuesto que Tombstone procuraba no usar aquel arma casi nunca.

Por eso avanzó con las manos desnudas.

Además le gustaba atacar así.

Vio la cara congestionada del otro.

Oyó su voz.

—¡Te voy a degollar como a una serpiente, hijo de zorra!

Tombstone masculló:

—¿Por qué no me afeitas antes, amigo?

Y atacó.

Nolan dio un salto atrás.

Era él quien tenía el arma y sin embargo parecía dominado por el horror. Sólo un instante después reaccionó, lanzó un aullido gutural y movió el cuchillo frenéticamente, dispuesto a atravesar de un solo tajo el bajo vientre de Tombstone.

Pero ahora fue Tombstone el que dio un paso atrás, al borde del abismo. Sus labios se separaron en una sonrisa que parecía la combinación de la de un cocodrilo y la de un tiburón saludándose en día de fiesta.

Masculló:

—Adiós, Nolan.

Y atacó a su vez.

Nolan no supo cómo había ocurrido.

Nunca lo sabría.

Pero de pronto su cuchillada se perdió en el aire. Notó que dos garfios de acero le sujetaban la muñeca derecha. Una especie de palanca mecánica lo levantó por los aires.

Fue un hermoso vuelo sin motor.

Lástima que terminó mal.

El cuerpo de Nolan osciló sobre el tejado, como si buscara un sitio donde aterrizar, y al final se estrelló contra las cristaleras que daban luz al tinglado. Las rompió con el paso de su cuerpo y cayó desde unos veinte metros de altura sobre el suelo de cemento del almacén. Allí pareció partirse en pedazos.

Fue lo que se dice un mal final para Nolan.

Claro que no estaba solo en aquel tinglado. Cayó sobre el cuerpo —o mejor dicho lo que

quedaba del cuerpo— de una mujer.

Tombstone lo miró desde arriba.

Y dijo:

—Leches.

Ese fue el primer comentario que mereció el cuerpo descuartizado de la pobre Lovella Thatcher.

* * *

Esos detalles, por supuesto, no lo publicó la sesuda prensa del domingo, por la sencilla razón de que no había periodista que los conociese. Como tampoco publicó los detalles de la detención del culpable.

Hay cosas que no se pueden divulgar en los periódicos porque son absolutamente ilegales, y es mejor que el público las ignore piadosamente.

Por ejemplo lo que sucedió con Foster.

Tombstone se acercó al cadáver de la chica, y al verlo no lanzó ninguna maldición, lo cual era prueba en él de una gran educación y de un enorme respeto.

Luego lo examinó más de cerca. Y fue entonces cuando, a pesar de los enormes destrozos que había causado el fuego, la reconoció.

Era Lovella Thatcher.

Una chica sensacional.

Guapa. Noble. Joven.

Hija de un tío que no era guapo, que no era noble y que además era viejo.

Tombstone volvió a decirse entonces:

—Leches...

Porque se dio cuenta de que aquel crimen iba a revolucionar a toda la hampa de la ciudad de Nueva York. Porque Thatcher, Samuel Thatcher, el padre de Lovella, era el encargado de «blanquear» todo el dinero procedente del tráfico de heroína en la costa atlántica. Los dólares llenos de sangre y de mugre llegaban por millones a sus manos, y él los introducía en negocios y acababa convirtiéndolos en dólares tan brillantes y honestos que hubieran podido ser repartidos en las

iglesias. Eso le daba un poder inmenso —un poder de vida y muerte— en el mundo del hampa.

Y ahora su única hija estaba muerta.

Habían hecho con ella algo horrible.

Ahora sí que Tombstone lanzó una maldición.

Y dijo con voz opaca:

—Mierda.

De que era un tipo bien educado no cabía la menor duda.

CAPITULO II

Ransom, su jefe, debía de pensar lo mismo de él.

Cuando Tombstone entró en el despacho, Ransom se tapó las narices.

Tombstone masculló:

—¿Qué le pasa, jefe?

—Nada. Que huelo a basura.

—Pues yo huelo aún peor, jefe.

—¿A qué?

—Huelo a muerto.

Ransom se sobresaltó.

Como jefe de operaciones especiales —y no siempre dentro de la ley— de la policía de Nueva York, había visto muchas cosas. Sobre todo había visto muchos fiambres Pero cuando Tombstone estaba delante la cosa se complicaba, porque en lugar de un fiambre solía ver todo un cementerio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó palideciendo.

—He tenido un pequeño lío en Hoboken... Nada de importancia. Dos hombres con una buena ficha.

—¿Y... y qué?

—Uno de ellos tiene la columna vertebral algo lesionada.

—¿Le... lesionada?

—Bueno... Partida en dos pedazos.

Ransom tragó saliva.

—¿Y el otro? — preguntó.

—Tuvo una pequeña caída.

—¿Desde muy... muy alto?

—Unos veinte metros.

—Se habrá hecho daño, supongo...

—Yo creo que habrá que cambiarle la dentadura.

—¿Sólo eso?

—Sí, pero habrá que cambiársela a través del agujero que le ha quedado en el cerebro.

Ransom saltó de pronto. Ya no podía más.

—¡Tombstone! —aulló—. ¡Eres un hijo de la gran perra!

—Pues eso no es nada, jefe.

—¡Nunca más volverás a actuar por tu cuenta! ¡Nunca!

—He dicho que eso no es nada, jefe.

—¿Aún... hay más?

—Sí. Han matado a Lovella Thatcher.

—¿Matado?

—Sí. Y violado. Y es posible que la hayan quemado viva.

Ransom se pasó una mano por la frente.

—Tombstone... —dijo.

—¿Qué?

—Puedes volver a actuar por tu cuenta cuando quieras.

—De eso se trata.

—¿Tienes alguna pista?

—Ha habido una violación en masa. Al menos cinco hombres.

—¿Y... y qué?

—Han acuchillado a la víctima mientras lo hacían. Y uno de ellos le ha cortado dos dedos.

—¿Eso qué significa?

—Es la marca de fábrica de Kiber, el árabe. Está en libertad por falta de pruebas. Y

trabaja para Foster.

—¿El traficante de heroína?

—Sí. Y enemigo de! padre de Lovella Thatcher. Está claro que es una venganza, una lucha entre ratas en la que se ha empezado cargando la única persona inocente. Por eso quiero resolverlo antes de que la noticia se conozca y se extienda la lucha entre gangs, con la cual las calles de la ciudad quedarían tapizadas de muertos. Deje que lo haga a mi manera. Una cosa rápida, sencilla y sin que nadie se queje.

—¿Por qué no se van a quejar, Tombstone?

—Porque no tendrán tiempo.

—Eres un cabrón, Tombstone.

—Me han llamado cosas peores.

—¿Vas a matar a cinco hombres?

—Puede.

—Hazme un favor.

—¿Cuál?

—Mata a seis.

Tombstone le dirigió una sonrisa cuadrada desde la puerta.

—Muy caritativo, jefe.

—Luego lo resolveré yo. Tú pones los muertos y yo la explicación. Es asunto mío.

—Hay otro asunto del que se debe preocupar antes, Ransom.

—¿Cuál?

—Procure que no se sepa en las próximas horas lo de Lovella Thatcher. Aguante la noticia hasta la noche.

—No sé si podré. Si lo huele algún periódico, estamos perdidos.

—Habrá otra gente que estará aún más perdida, jefe —dijo Tombstone con una voz que parecía surgida del fondo de una máquina.

Y salió.

* * *

Fue al Bronx.

Buen sitio ése, sobre todo en según qué zonas.

Edificios medio derruidos.

Ratas.

Matones

Droga.

Prostitutas baratas.

Muertos.

Pero Tombstone no buscaba eso. Buscaba un bar medio clandestino de la calle Luhan.

Un bar la mar de honrado, con trata de menores, distribución de coca y reparto de armas «limpias», o sea no registradas, para cometer atracos. Un sitio recomendable para organizar en él una sección de catecismo.

Tombstone puso cara de buen chico.

Había un tío de guardia en la puerta.

Tombstone le saludó enseñándole los dientes.

—A la paz de Dios, hermano —dijo.

—¿Qué quieres?

—Entrar.

—No puedes. No eres socio.

—Te equivocas. Me recomienda Baxter.

—¿Quién es Baxter?

—Uno que murió la semana pasada.

El guardia palideció.

—Hijo de... —empezó a barbotar.

¡BLAM!

El rodillazo en el bajo vientre le dejó sin aliento. ¡PLAC!

El gancho de abajo arriba le dejó sin mandíbula. ¡RAAAAAS!

Los dos ganchos cruzados le dejaron sin costillas. Tombstone susurró:

—No te quejes, hermano. Pudo haber sido peor.

Y entró.

El bar estaba lleno de humo.

Era un sitio la mar de discreto.

Había tíos con los pantalones hasta abajo.

Tías con las faldas hasta arriba.

No faltaba nada.

Tombstone sujetó al primero de la barra.

—Hala — dijo—, a jugar al dominó.

Lo empujó brutalmente, hizo volar el taburete y ese taburete hizo volar al otro, y éste al otro, y así sucesivamente, hasta que todos los

amables clientes de la barra quedaron medio hechos papilla contra la pared. Luego sujetó al camarero que tenía más a mano, un tipo que iba perfumado con «Nuit d'amour» no como un marica, sino como un profesor de maricas.

—Tombstone, cariño —balbució el camarero temblando.

—¿Qué pasa, macho?

—Sin insultar, ¿eh? Que yo no te he faltado.

—Pues dime qué quieres, amor.

—Que no me hagas nada.

—De acuerdo.

—Y que me dejes hacerte cositas a ti.

—¿Tantas ganas tienes, chato?

—Me muero.

Y añadió:

—Siempre he soñado en un hombre como tú.

—Pues vas a morir antes de lo que piensas, muchacho. Te pasaré por los ojos el borde de una botella rota si no me dices dónde puedo encontrar a Kiber.

—¿Ese árabe hijo de perra?

—Veo que lo conoces.

—Ya no viene por aquí, Tombstone. Te juro que no viene.

Tombstone sujetó el cuello de una botella y la partió en pedazos contra la barra.

Quedaron unas aristas tan afiladas que hubiesen podido atravesar la coraza de un carro blindado.

—Sigue hablando, hermano —le dijo al camarero—. No sabes lo que me divierte.

—No... no hagas eso.

—Pues escupe todo lo que tengas en la boca. O te la corto aquí mismo.

—Kiber no está aquí... Te lo juro... A ti no te engañaría. Pero tienes a Donovan.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—En el piso de arriba.

—¿El despacho?

—Sí.

Tombstone abrió la mano, el camarero dejó de estar colgado en el aire y cayó a tierra como un fardo.

—Si alguna vez me vuelvo marica, ya te avisaré —le dijo—. Mientras tanto espera.

—No te olvides, Tombstone. Ay... ¡No te olvides! ¿Te doy mi número de teléfono?

—Mejor dame dos.

—¿Cuáles?

—El tuyo y el de la funeraria más próxima.

Y siguió avanzando.

Un tío del fondo se estaba moviendo.

Intentaba sacar una «Baretta» todavía en buen uso.

Tombstone dijo:

—A la paz de Dios, hermano.

Le atizó tal puntapié en el mentón que por poco lo desnucó contra el reposapiés de la barra.

Luego subió al piso de arriba.

Una puerta decía «Private».

Tombstone entró,

Y se dio entonces cuenta de que la advertencia tenía razón. Porque lo

que estaba sucediendo allí dentro era muy «Private».

Donovan no estaba con una chica.

Eso hubiese sido normal, y hasta hay mucha gente que dice que es saludable. Pero Donovan no iba por esos caminos. Donovan estaba con un chico.

Tombstone dijo:

—Se ve que las costumbres cambian.

Donovan pegó un grito.

Nunca hubiera imaginado encontrarse a aquel tipo allí.

Fue a sujetar al pistola que tenía a su alcance, en una de las repisas de la sofisticada cama desmontable.

Tombstone movió el pie derecho.

¡TLOC!

La cabeza de Donovan pareció hacerse pedazos. Pero Tombstone sabía que eso sólo era una caricia. Era para ponerlo en forma.

Entonces el muchachito que estaba con Donovan vino hacia él en plan gallito. Gritó:

—¡Toma, toma y toma!

Golpeó con todas sus fuerzas el estómago de Tombstone. Este se pasó el dorso de la mano mientras decía:

—Tómame algo a mi salud, muchacho.

—Eso será si quiero.

—Naturalmente. Nadie te obliga.

—Pero tú lo tienes que tomar conmigo.

Tombstone gruñó:

—Ondia, esto se complica.

Y lo apartó para dedicarse de nuevo a Donovan. Este ya se estaba recuperando un poco, aunque boqueaba y escupía por entre sus labios

una especie de babilla blanca.

Tombstone dijo:

—A la paz de Dios, hermano.

—Tu... madre.

—Busco a Kiber.

—No está... aquí.

—Entonces dime dónde ha plantado el nido.

—No... lo sé.

Otro terrible puntapié, ahora a las costillas, dejó sin aliento a Donovan. Este serpenteó por el suelo mientras babeaba de dolor.

—Habla, hermano.

—Está en...en la casa de Musky.

—Perfecto. A esto se le llama ponerse en plan buen chico.

—¿Para qué lo buscas?

Donovan dijo el nombre:

—Lovella Thatcher.

Y se dio cuenta entonces de que la cara del otro cambiaba. Se dio cuenta de que Donovan casi volaba por los aires en un intento casi desesperado de recuperar su

«Baretta».

Estuvo a punto de conseguirlo.

Porque Tombstone había quedado paralizado durante unas décimas de segundo. El asombro había saltado a sus ojos.

¡Donovan acababa de reaccionar, jugándose la piel, al oír aquel nombre! ¡Eso indicaba

que sabía que Lovella Thatcher estaba muerta! ¡*Lo sabía!*

¡Por lo tanto podía ser un cómplice del sucio asesinato! ¡O uno de los

autores!

Los dedos febriles de Donovan lograron asir de nuevo la «Baretta». Su cuerpo ágil y joven giró con la flexibilidad de una serpiente.

Por un momento pensó que iba a triunfar.

Llegó a tener encañonado a Tombstone.

Masculló:

—¡Hijo de perra!

Pero fue entonces cuando vio sus ojos.

La sonrisa helada en su boca.

El cañón terrorífico de su Magnum Especial

¡BANG!

La cabeza de Donovan desapareció materialmente. Le había alcanzado una bala explosiva. El cuerpo pareció volar unas yardas y se estrelló materialmente contra una de las paredes,

Tombstone le dijo al marica:

—Eres un hombre afortunado.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Tu amiguito acaba de perder la cabeza por ti.

—Eres el cabrón más grande que he conocido, Tombstone.

—Soy cosas peores todavía.

Fue hacia la puerta y añadió mientras acariciaba el gatillo de su Magnum:

—¿Tú has oído igual que yo el nombre de Musky?

—Sí.

—Pues te diré una cosa, hermano: tú le telefoneas diciendo que voy hacia allí y mañana encuentran tu esqueleto en dos partes: una mitad en la orilla izquierda del Hudson y la otra mitad en la derecha. Los que entienden de eso me han asegurado que una situación así es muy

mala para la salud.

—Su... supongo que... que demasiado buena no ha de serlo,

—Pues entonces —dijo Tombstone mientras salía—, más vale que hagas otra cosa más conveniente.

—¿Qué?

La sonrisa cuadrada de Tombstone pareció arañar el aire mientras contestaba:

—Rezar por los muertos.

CAPITULO III

Fue a tomar su coche al otro lado del Bronx. Pero no pudo entrar en él. Se lo habían abierto y dentro había una pareja haciendo el amor.

Tombstone preguntó:

—¿Me espero?

La tía le miró guiñando un ojo.

—Depende —contestó.

—¿Os falta mucho?

—¡Uf! Con este pesado hay para toda la noche. El tío se puso gallito y dio un salto. Tal como estaba vino hacia Tombstone.

—¡Fuera de aquí, macarra! —gritó.

En su derecha brillaba una navaja automática.

Tombstone dijo:

—¡Cuidado, chato, te vas a cortar en un sitio que yo sé!

Sujetó la derecha de su enemigo con un movimiento centelleante, saltando hacia atrás cuando el otro embestía. Tiró del brazo, arqueó la espalda haciendo pasar al tío por encima como un saco y lo estrelló contra otro coche aparcado a unas siete yardas de distancia. Todo el coche tembló cuando la pareja del manso casi atravesó la plancha.

Pero dentro se oyó la voz de una tía que gritaba:

—¡No molesten!

Y en seguida la voz de otra tía que gritaba:

—¡Ahora que estábamos en lo mejor!

Tombstone se acercó.

En efecto, las tías estaban en lo mejor.

Y valían la pena.

Una de ellas le miró con atención.

Y dijo a su amiga:

—Yo lo he visto primero.

Tombstone gimió:

—Nooooo...

Estaba acorralado.

Lo metieron a la fuerza en el coche.

Por poco se lo comen. Había que ver las bocas que tenían las tías. Pero lo peor para Tombstone empezó cuando vio que la mansa del otro coche, la que se había quedado sin pareja, venía también.

Susurró:

—Chicas

Una de ellas hizo:

—*Mmmmmmm...* ¿Qué?

—Llévame por lo menos al final de la calle. Si tengo que repartirme entre tres la cosa va a acabar muy mal.

La otra accedió diciendo:

—Yo conduciré. Pero déjame un pedazo para mí, glotona.

Tombstone pudo llegar milagrosamente sano y salvo al fondo de la larga calle.

Pero una vez allí le obligaron a quedarse cuestión de media hora más. Hubo un momento en que estuvo a punto de asomarse por la ventanilla pidiendo socorro.

Al final, la más comprensiva de las dos ingenuas señoritas preguntó:

—*Ahhhh...* ¡Qué bueno! ¿Dónde quieres que te llevemos ahora, macho? Si quieres recuperarte te llevamos a un bar. Si estás acabado del todo, te llevamos a una funeraria.

Elige.

Tombstone musitó mientras se abrochaba:

—Llévame a media milla del garito de Musky. ¿Lo conocéis?

—Claro que sí. La semana pasada perdimos allí trescientos dólares.

—Pues arreando.

Cualquier cosa menos quedarse allí con las tres.

Tombstone no supo en el primer momento que gracias a aquel retraso y gracias a ir en un coche distinto del suyo, salvaba la vida.

Porque a media milla del garito de Musky ya empezaba la vigilancia. El marica amigo de Donovan había dado el soplo. Coches estacionados en los lugares más extraños vigilaban con pistoleros dentro. Musky había concentrado a todos sus gorilas para que Tombstone no encontrase a Kiber. Y como el coche de Tombstone era conocido, aunque procuraba cambiarlo cada mes por otro modelo usado, no hubiese llegado a las cercanías del nido sin ser acribillado al menos desde cinco sitios distintos.

Tombstone apretó los labios.

Se había librado de una buena.

Mientras casi desaparecía, oculto por el tablier, dijo a la chica que estaba al volante:

—Reduce marcha al llegar a aquella zona oscura. Pero sin frenar para que no se enciendan las luces de «stop». Luego no os preocupéis más de mí. Buena suerte.

El automóvil que iba en tercera, y con bastante precaución, cambió a segunda al llegar al punto indicado.

Tombstone abrió la puerta de golpe.

Saltó.

Fue tragado por la oscuridad y por los coches estacionados en batería. Rodó unos segundos por tierra antes de hacerse cargo de la situación.

Y lo primero que comprendió es que el garito de Musky se había convertido en una fortaleza inviolable. Por lo tanto tenía que cambiar la dirección de tiro. Y la nueva dirección estuvo en seguida muy clara para él.

La querida de Musky.

Su amiguita. No vivía lejos. Y los gorilas que vigilaban la zona nunca imaginarían que había ido directamente allí. De modo que fue.

Era un edificio la mar de mono.

Con conserje nocturno y todo.

Tombstone entró.

Hizo tres cosas:

Primera, enseñarle al conserje su placa de agente de la Brigada Especial. Segundo, maldecir a su madre. Tercera, meterle casi el cañón del Magnum por el ojo.

El conserje ni se inmutó. Sólo dijo:

—Piso siete.

—¿Cómo sabes que vengo a por Musky? ¿Cómo sabes que el que busco vive ahí?

—Porque a Musky lo detienen al menos una vez a la semana. Pero siempre sale en libertad bajo fianza. Ya estoy harto de ver placas como ésa.

—Pero revólveres como éste, pocos.

—Muy pocos.

—Y caras como la mía menos.

—Hasta ahora ninguna. Por suerte.

Tombstone sonrió, con lo cual el otro empezó a pensar en las medidas de su ataúd. Pero la cara se le fue tranquilizando de nuevo cuando Tombstone dijo:

—Me parece que vamos a entendernos. ¿Está Musky con su nena ahora?

—Ni hablar. Y la nena debe de estar impaciente, porque hace poco me ha pedido que le encargara una botella de champán.

—Le servirá para regar el ataúd de Musky —dijo Tombstone con una sonrisa helada—. Y

ahora chitón, amigo. Y ni una sola palabra, ni un solo parpadeo si Musky vuelve. Porque mañana he de repartir por el Hudson el esqueleto de un hombre que se fue de la lengua.

No importará repartir dos esqueletos.

El conserje comprendió que el otro no hablaba en broma y farfulló:

—No me gusta el agua.

Tombstone tomó del tablero la llave doble que correspondía al apartamento de la nena.

Y subió.

Y la nena estaba en forma.

Tendida en la cama.

Bebiendo champán a chorro.

Y leyendo una revista de esas en las que salen tíos musculosos y viriles enseñándolo todo.

Tombstone preguntó:

—¿Te sirvo yo?

La chica se encogió en la cama y lanzó un grito.

—Chilla un poco más y te enseñaré el revólver —gruñó Tombstone.

—De todo lo que tú tienes el revólver es lo que menos me interesa ver —contestó ella.

Tombstone sonrió de nuevo.

«Buena chica», pensó.

—¿Qué quieres que te enseñe? —dijo.

—Lo que estás pensando, muchacho. Nos acabaremos juntos la botella.

—Me temo que tendrás que esperar, nena. Busco a Musky.

—Pues te equivocas.

—¿Por qué?

—Musky es una mierda. En cambio yo soy una tía buena.

—Eso está a la vista Pero antes de liarme con una tía buena como tú necesito que Musky me dé una información.

—O sea que no quieres matarle.

—Si no es indispensable, no.

—Lástima —dijo la chica, que sin duda amaba a Musky apasionadamente.

Se encogió en la cama, enseñando bien las piernas, y añadió:

—¿Sobre quién quieres preguntarle?

—Sobre Kiber.

—¿El árabe?

—Sí.

—Hijo de perra.

—¿Yo? —preguntó Tombstone.

—No, Kiber.

—Veo que le quieres con toda el alma.

La nena, por lo visto era muy fina, escupió con tal fuerza que dejó marcada la pared.

—Una vez Musky me obligó a acostarme con él —dijo—. Por lo visto el muy maldito cree que soy una mercancía, que soy algo peor que una perra, Y quizá no me hubiese importado, porque me he tenido que acostar con muchos tíos, pero ninguno como ese cerdo de Kiber, Le gusta pegar a las mujeres. Le gusta que le hagan todas las guarradas y encima las insulta. Y mientras él me hacía todo eso, el maldito nacido de Musky se reía.

Tombstone musitó entonces:

—En tal caso no te importará darme la dirección de Kiber.

—¿Qué vas a hacer con él?

Tombstone dijo con voz opaca:

—Entremeses.

—De acuerdo, te la daré — dijo la nena con una sonrisa de quien ya se dispone a ir al funeral—, Pero no podrás ir a su domicilio. Recuerdo que esta noche tenía que hacer un trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Matar a una mujer.

Tombstone preguntó fríamente, con el mismo tono de voz que hubiese empleado una máquina:

—¿Por qué?

—Es una chica a la que envició. Quiere dejar la droga y denunciar a los distribuidores.

Uno de los distribuidores es Kiber.

—¿Dónde vive esa chica?

—Apartamentos Nobel, a una milla de aquí. Séptima planta, puerta C.

Tombstone preguntó:

—¿Kiber sabe rezar?

—No creo.

—Pues qué lástima.

Salió.

Su cara era tan impenetrable como la de una esfinge.

Y fue en la planta baja donde le vio.

Musky.

Musky venía solo.

Durante unos segundos que parecieron eternos quedó paralizado al encontrarse cara a cara con Tombstone. Luego barbotó:

—¡Hiena sarnosa!

Tombstone no se había movido.

Sólo su derecha osciló un poco. La americana estaba desabrochada. Y entre ¡a camisa y el pantalón brillaba la culata del Magnum como la cabeza de una serpiente.

Pareció uno de los viejos duelos del Oeste. Musky llevó instantáneamente la derecha a la funda axilar, donde tenía nada menos que una Walther. Pero no llegó ni siquiera a empuñarla entre sus dedos.

Sonó un disparo.

Y un grito.

En el pómulos derecho de Musky se marcó tal impacto que pareció volarle media cara.

Tombstone dijo en voz baja:

—Espero que tu nena rece por ti.

Y pasó por encima del cadáver.

Fue a los apartamentos Nobel.

Los conocía bien.

Allí también había conserje de noche, pero el conserje de noche era un mulato que estaba borracho. Ni siquiera se dio cuenta de que pasaba Tombstone. Este tomó el ascensor y marcó la planta sexta en lugar de la séptima. No quería que Kiber, si estaba arriba, notase que la cabina

se detenía en su planta.

Luego subió por los peldaños.

Otra vez su cara era inmutable como un pedazo de roca. El terrorífico Magnum que ya había llenado un cementerio estaba a su derecha.

Vio que la puerta C estaba entornada y que por ella se filtraba una rendija de luz.

«Buen sitio para un entierro», pensó.

La empujó poco a poco.

Y vio a Kiber.

Era un tío flaco, moreno, anguloso, con el pelo ensortijado y la piel casi negra. Sus ojos brillantes y duros eran como los de un buitre.

Estaba sentado en una butaca.

Y la chica de rodillas ante él.

Haciéndole un trabajito.

Pero no se lo debía de hacer por su propia voluntad, porque la pistola de Kiber estaba apoyada en su cuello. Además se notaba, por los espasmos de la chica, que le faltaba poco para vomitar.

Kiber, en cambio, estaba disfrutando. Tenía los ojos en blanco. Se notaba por su cara que a él también le faltaba poco.

Con voz chirriante masculló:

—Sigue, maldita... Es la única posibilidad que tienes de conservar la vida. ¡Sigue!

La chica siguió.

No sabía que su vida no valía nada. Que no iba a conservarla. Que Kiber dispararía de todos modos cuando su placer terminase.

Tombstone sabía también eso.

Mal asunto cuando Tombstone sabía una cosa así. Desde la puerta dijo con voz opaca:

—Kiber.

Y disparó.

La bala fue como un misil.

No sólo se llevó por delante la pistola de Kiber, sino la mayor parte de su mano derecha.

El tipejo quedó arrugado en la butaca, con cara de muerto, mientras miraba alucinado el Magnum que se acercaba poco a poco,

—Tombstone... — balbució.

—No te quejes, muchacho... Hasta ahora sólo has perdido una mano. Te quedan muchas cosas por perder.

Y apuntó a un sitio que hizo estremecer al árabe

—No... Ahí no.

—Pues depende.

—¿Qué... qué quieres saber?

—Lovella Thatcher

—Esa... maldita puerca...

—¿Sí? ¿Qué pasó con ella?

—Se puso tonta.

Tombstone le dirigió una sonrisa helada, pero sus ojos eran los de un verdugo que va a pedir aumento de sueldo.

—De modo que tú estabas allí —dijo—. Muy bien, hermano.

—Me... me lo mandaron.

—¿Quién?

—Eso no voy a decírtelo.

Tombstone volvió a sonreír.

Ni un cocodrilo satisfecho hubiera sonreído así después de ganar un concurso de belleza.

—¿De veras, muchacho? —preguntó.

—No... no dispaes.

—No pensaba disparar, hermano. Eso sería demasiado rápido. Pensaba ir haciéndote caricias como tú le hiciste a ella,

Y, sin soltar el Magnum, sacó con la izquierda una navaja. Pero era una navaja con una hoja de tales dimensiones que hasta un bisonte hubiese emigrado desde Texas al Canadá para no encontrarse con ella.

Kiber se retorció por el suelo mientras los ojos se le salían de las órbitas.

—No... no harás eso... —balbució.

—Puede que me entren ganas de hacerlo si no hablas. Claro que también puedo dedicarme a otra cosa: a meterte por un sitio que yo sé uno de los tacones de los zapatos de la chica. Porque puede que encima te guste, Y volvió a acercar el Magnum al bajo vientre de Kiber.

Este barbotó:

—Yo... no tuve la culpa de lo de la chica.

—¿No?

—Me lo mandaron.

—¿Quién?

—Kru... Kruger.

—Me lo imaginaba. Sabía que últimamente estabas trabajando para él.

—Ya... ya he hablado. Y tú ya has hecho bastante... No tengo mano derecha... He cumplido mi parte... Dé...déjame ir.

Fue a ponerse en pie trabajosamente, pero Tombstone. que era un chico bien educado, le atizó un tremendo puntapié al plexo solar y lo envió hecho un guiñapo contra la pared.

—Soy yo el que da la hora de salida —advirtió con voz opaca.

—Qué... ¿qué quieres saber?

—¿Os ordenó que destrozara a la chica?

—Bu...bueno... En esa clase de trabajos las órdenes no se dan con... con demasiado detalle. Pero Kruger nos indicó que podíamos hacer con la chica lo que nos diera la gana.

—Y os divertisteis...

—Se puso tonta, ya te lo he dicho.

—¿Qué significa eso de que se puso tonta?

—Trató de defenderse.

—Eso es natural, ¿no?

—Pateó, chilló... Las mujeres son insoportables

—Claro..., ya ves que te doy la razón en todo, muchacho... Son insoportables. ¿Y quiénes estabais allí? Aparte de ti, claro. A ti ya te doy por descontado, cariño.

—Pues estaba Donovan.

—Bien.

—Archibald y Galliguer...

—¿Nadie más?

—Nadie más.

—De modo que erais cuatro.

—Juntos... Cuatro.

—Pues daba la sensación de que había pasado todo un regimiento por encima del cuerpo de la pobre chica.

—Bueno... Es que nos divertimos un rato.

—Claro, muchacho, claro...

Y Tombstone dejó una pausa.

El horror fue subiendo por los ojos de Kiber como sube la espuma en una jarra de cerveza. Había llegado un momento en el que se sentía relativamente más tranquilo.

Pero ahora, un miedo visceral, insoportable, le volvía a corroer las entrañas.

—No... no lo harás... —balbució.

Tombstone miró a la chica, que aún estaba escupiendo a causa de las náuseas que sentía en la boca. Su mirada fue como la de los antiguos gladiadores que preguntaban al emperador si debían matar o no al enemigo caído en tierra.

Ella lo comprendió. Y dijo con voz opaca:

—Que reviente.

—Pensaba hacerlo reventar de todos modos —dijo Tombstone cínicamente—, pero así me siento más tranquilo.

Y disparó.

Kiber estaba aullando con todas sus fuerzas.

—Nooooo....

Fue una auténtica traca.

Tombstone estuvo disparando sobre él hasta que se le vació por completo el cilindro del Magnum.

Luego se hizo el más terrible de los silencios.

Por supuesto, los disparos tenían que haber sido oídos desde los otros apartamentos.

Pero nadie chistaba. En determinadas zonas de Bronx nadie dice nada. Ni siquiera avisa a la policía.

Tombstone recargó el arma.

La chica se había De vado las manos a la cara.

Pero balbució:

—Está mejor así.

—¿Te sientes mejor ahora?

—Creo que po...podré soportarlo.

—¿Te dijo ese tipejo que te perdonaría la vida si te plegabas a sus caprichos?

—Sí.

—Pues te mintió. Se te hubiese llevado por delante de todos modos. Al terminar el trabajito.

—Hijo de zorra...

—No te molestes en insultarle. Me hace el efecto de que no te oye.

—Me explicó algo de lo de esa pobre muchacha... La llamada Thatcher o algo así... Me dijo que habían disfrutado mucho con ella. Y que me pasaría a mí lo mismo si no

«colaboraba».

Tombstone guardó el arma mientras daba unos pasos por la habitación. Parecía una fiera que se disponía a salir de su cubil para iniciar un nuevo ataque.

—De modo que eran cuatro... —dijo, como si hablara consigo mismo—. De ellos está muerto Kiber... Está muerto Donovan... Quedan dos: Archibal y Galliguer.

La chica le miraba aterrorada.

—¿Qué piensas hacer? — balbució.

—No te preocupes, no los traeré aquí para preparar latas de conserva con sus restos.

Pero me ocuparé de ellos esta misma noche, antes de que la noticia de todas estas muertes corra y se den el piro. Y ahora te diré lo que tú vas a hacer.

—¿Qué?

—A ti te buscan para matarte porque habías amenazado con dar el soplo sobre el tráfico de drogas. Te enviaron a Kiber con la intención de quitarte de en medio, pero más tarde enviarán a alguien más. Tienes que desaparecer de la circulación. Y en seguida.

—¿Desaparecer?

—Sí. Irte a otra ciudad. Volar. ¿Tienes dinero?

—Un poco.

—Pues lárgate esta misma noche. De Port Authority salen autobuses de la «Greyhound»

durante casi toda la noche. Reúne cuatro cosas y vete al otro lado del país. No vuelvas hasta oír por la radio o leer en los periódicos que Kruger se ha ido al otro barrio También las distintas cadenas de televisión lo dirán. Tú estate atenta.

—¿Quién va a encargarse de matar a Kruger?

—Yo.

—Dios santo..., ¿qué clase de tipo eres tú?

—Digamos que un aprendiz de verdugo.

—¿Y qué pasará cuando dejes de ser un aprendiz y seas un maestro?

—Puede que entonces disminuya seriamente la población de los Estados Unidos —dijo—

. Pero aún falta algo de tiempo.

Fue hacia la puerta y añadió:

—No avises a la policía.

—¿No?

—No. Voy a necesitar de plazo toda esta noche, y puede que algo de mañana por la mañana. De entre tus vecinos nadie avisará tampoco hasta que el cadáver empiece a oler. No quieren líos. Eso me dejará un cierto plazo de tiempo para que crean lo que yo quiero que crean.

—¿Y qué es lo que tú quieres que crean?

—Que tú estás muerta y que Kiber lo celebra por ahí. Hasta pasadas doce o quince horas no les extrañará que desaparezca durante tanto tiempo. Eso les dará la sensación de que todo está bien. Y a mí me permitirá actuar sin que estén prevenidos.

Se disponía a abrir cuando la chica musitó: —Escucha...

—¿Qué hay?

—Me contó algunas cosas de lo que habían hecho con Lovella Thatcher. Fue horrible...

—También es horrible lo que yo he hecho con él. Estamos en paz.

—Pero me dijo algo más: que quería igualmente matar a Thatcher. El padre. Que tenía esa orden.

Tombstone cerró un momento los ojos.

Eso significaba la guerra total en Nueva York. Docenas de muertos. Y no era la muerte de los capitostes lo que importaba a Tombstone. Al contrario. Que les dieran por Alá, como diría el árabe. Pero en cambio le importaba la muerte de muchos pequeños tipos y muchas pequeñas tipas que en realidad eran unos desgraciados. Pequeños distribuidores que estaban «enganchados» por la droga y que quizá serían asesinados para que no fueran direcciones. Guardaespaldas de poca monta que caerían acribillados. Chicas de compañía que lo sabían todo de sus amantes del hampa y que serían silenciadas para siempre para que no dijeran ni una palabra de dónde estaban los refugios secretos.

Demasiados muertos que no merecían la muerte.

No, eso no.

Era mejor otra cosa:

Matar rápido a los que merecían la muerte.

Con una sonrisa helada le dijo a la chica:

—Haz exactamente lo que te he dicho. Adiós.

—Oye...

—¿Qué?

—¿Vas a matar a alguien más?

Tombstone dijo antes de cerrar la puerta:

—Premio, muñeca.

CAPITULO IV

Tombstone se dirigió a la oficina de Ransom, su jefe, era también el jefe de la Brigada Especial. Pudo ver por el camino que todo estaba en

orden. Ningún vecino había avisado a la bofia, y el conserje de noche estaba durmiendo la más apacible de las borracheras. No podía negarse que, a su modo, era un tío feliz.

Mientras tomaba un taxi, Tombstone pensó en los datos que tenía reunidos hasta entonces. Foster una auténtica potencia en la distribución de drogas contra el que nunca se había podido probar nada, tenía por jefe a Kruger, un riquísimo hombre de negocios contra el que se había podido probar menos aún. Ambos habían decidido la muerte de Thatcher, padre e hija, quizá porque no estaban conformes con el modo que Thatcher tenía de «blanquear» el dinero negro procedente de la droga. Eso significaba que, para evitar una verdadera matanza en la que caerían docenas de personas inocentes, él tenía que matar en pocas horas a cuatro o cinco personas que no eran tan inocentes. Y aquí paz y después gloria. Olvido eterno para los muertos.

Pero para eso necesitaba la autorización de Ransom. Aunque éste le había dado una especie de carta blanca y aunque Tombstone era un hombre que difícilmente se sometía a ninguna disciplina, tampoco podía hacerlo por su cuenta. Hablar con Ransom e informarle de los últimos sucesos era una precaución elemental.

Entró en el despacho.

Sabía que encontraría a Ransom.

El estaba allí siempre. Incluso dormía al lado de la mesa. Rodeado de botellas de whisky, se decía que pasaba la mayor parte del tiempo rezando por las difuntos.

Pero no lo encontró.

Tombstone encontró algo mejor.

La tía.

Ella estaba medio sentada en la mesa.

Faldas arriba. Y no era que lo hiciese a propósito. Era que no se daba cuenta de la posición de sus piernas.

Y hay que ver cómo las tenía.

Era como iniciar contra ellas la carga de la brigada ligera.

También se había medio desabrochado la blusa.

De ella casi escapaban dos formidables parachoques, o mejor sería decir dos enhiestos lanzallamas.

Tenía los labios rojos y atrevidos.

Los ojos claros, casi transparentes, pero terriblemente duros.

Miró de soslayo a Tombstone. Y preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Tombstone.

Ella sonrió,

Y demostró que era una chica amable. Porque dijo:

—Hijo de perra.

* * *

Tombstone no pestañeó. Estaba acostumbrado a que le llamaran muchas cosas, pero no a las primeras de cambio. Normalmente, antes de insultarle, la gente esperaba a arle hablar al menos un par de minutos.

El contestó:

—Tía buena.

—Más respeto, perro.

—¿Respeto por qué?

—Soy Judith Cannon.

—Como si quieres llamarte Josefina Bonaparte.

—Soy la ayudante del fiscal del Distrito. Me ha dado amplios poderes para que arregle esto.

Tombstone se mordió el labio inferior. Todo aquello podía significar que las cosas estaban mal para Ransom y mal para él. Cuidado con el fiscal del Distrito.

Se sentó en una de las butacas, miró pensativamente las piernas de la

chica y preguntó:

—¿Por qué estás aquí?

—Se ha abierto una investigación sobre las actividades de la Brigada Especial.

—Escucha, Judith Cannon: La Brigada Especial hace falta.

—Claro. Y por eso se creó. Y por eso se paga con los fondos públicos.

—Entonces...

—El fiscal quiere investigar sus actividades. Ha habido varias denuncias últimamente.

—Denuncias, ¿eh? ¿De quién?

—De personas respetables.

—¿Respetables? Abogados de la mafia, por supuesto. Abogados de violadores que están protegidos por los círculos de la droga. Esos son los que han hablado con el fiscal, ¿no?

Cuando uno de los suyos mata, se bebe una botella de champán a la salud del muerto.

Cuando uno de los suyos muere, se acuerdan de los Derechos Humanos. Y van llorando hasta el despacho del fiscal del Distrito para ver si éste les paga otra botella de champán.

Escupió de costado.

—¿Para eso estás aquí, nena? —preguntó.

Ella se puso roja de indignación.

Parecía a punto de estallar.

Realmente sus dos lanzallamas iban a lanzar fuego.

Barbotó:

—¿Pero qué te has creído?

—Ante todo quiero saber dónde está Ransom —masculló Tombstone.

—Ha ido al despacho de mi jefe.

—¿Para qué?

—Para declarar. Se ha abierto una investigación.

—¿A estas horas?

—En las oficinas del fiscal se trabaja toda la noche, deberías saberlo

—masculló Judith Cannon.

—¿Y por qué esa investigación?

—Porque están saliendo los muertos hasta por las bocas de las alcantarillas —masculló Judith con voz espesa.

—Va a haber más.

—¿Sí? —preguntó ella incrédulamente.

—Si —dijo Tombstone con la mayor tranquilidad del mundo, mientras encendía un cigarrillo.

—Estoy aquí para evitar eso —barbotó ella.

—¿De veras?

—Y tan de veras. Estoy aquí para hacer una investigación. Y para evitar que tipos como tú sigan actuando.

—¿Tú sabes quién es Kiber, muñeca? ¿Y Donovan?

—Los he oído nombrar. Trabajan para Foster. Y para Kruger, o al menos eso se dice.

—*Trabajaban.*

—¿Por qué hablas en tiempo pasado?

—Descansen en paz —dijo suavemente Tombstone.

—Dios mío...

—Venía a decirle a Ransom que me faltaban al menos dos más. Pero te lo digo a ti. Y tú se lo puedes decir al fiscal del Distrito. Así todos tan felices, muñeca.

Ella hizo un esfuerzo para preguntar:

—¿Quiénes son los dos que faltan?

—Archibald y Galliguer.

—¿Y por qué esa masacre?

—Tienen orden de matar a Thatcher. Y ya han matado a su hija Lovella. Supongo que lo sabes.

Hubo un temblor en los preciosos párpados de la chica. Y con un hilo de voz confesó:

—Lo... lo sé.

—Lo hicieron esos tipos —murmuró Tombstone—. Y deben pagar... esta misma noche.

—Te equivocas deben ser juzgados.

—Al diablo el juicio. También saldrán absueltos por falta de pruebas. Mañana volverán a matar.

Judith Cannon se volvió a estremecer.

—¿Qué... qué pretendes con todo esto? —pudo balbucir.

—Salvar a Thatcher de momento.

—¿Salvarle por qué?

—No quiero que haya otra masacre en Nueva York.

Caerían demasiados inocentes. Y para evitarlo tengo mis ideas y mis métodos.

—Muy sencillas. Liquidar a Foster y a Kruger ahora que se han movido. Sus sombras saldrán al descubierto y así será fácil cazarles a todos con las manos en la masa. Thatcher se sentirá protegido. Pero le diré que eso tiene un precio.

—¿Qué precio?

—Su confesión. Al menos su confesión en parte. Thatcher no ha matado a nadie todavía y por eso no me repugna hacer un trato con él, especialmente después de la desgracia terrible que le ha ocurrido. Ya ha pagado una contribución muy alta. Mi plan es que se pueda retirar con un poco de dinero incluso, a cambio de darme todos los nombres de los

que están «blanqueando» dinero en esta maldita ciudad. ¿Sabes lo que eso significa?

Poner al descubierto todos los negocios de la mafia de la droga. Desenmascarar a las personas «honradas» que están detrás de todo esto. Acabar de una vez con toda esa podredumbre.

Hizo una pausa y añadió:

—No tiene demasiada importancia que yo acabe con dos hombres más o ti es. Cada día mueren, sólo en el Estado de Nueva York, docenas de jóvenes por sobre- dosis de heroína. Y alguien se la proporciona. Alguien saca dinero de todos esos muertos.

Miró entonces a la chica. Tombstone no era un hombre de discursos largos, como todo el mundo sabía, en especial sus enemigos. Antes de enviarlos al infierno se limitaba a decir: «Hola y Adiós.» Supuso que aquel para él larguísimo parlamento habría impresionado de algún modo a la ayudante del fiscal. Pero Judith Cannon siguió impasible. Al contrario: hubiera podido decirse que flotaba en sus labios una mueca de in-credulidad.

—Sólo el fiscal del Distrito puede hacer tratos con los presuntos delincuentes —dijo—.

Los tratos no los hacen nunca los pistoleros como tú.

—¿Qué pretendes decir con eso?

—Que la fiesta se ha acabado. No matarás a Archibald ni a Galliguer. No verás para nada a Thatcher.

—¿Pero te das cuenta de que entonces a ese hombre lo matarán?

—No.

—¿Por qué no?

—Muy sencillo: a Thatcher le protege la ley.

Tombstone se puso en pie de un salto.

—¿Qué ley? —masculló.

—Pues eso.. La Ley.

—¿La tuya? ¿La del fiscal del Distrito? ¿La ley del papeleo en las

oficinas, esa ley que sólo se despierta cuando la víctima ya está en el depósito de cadáveres? ¡Mentira! ¡La única ley que arregla esto es la que yo conozco! ¡Mi ley! ¡Lo demás es basura! ¡Basura perfumada para llevar ante el juez!

Judith Cannon se había crispado.

También ella parecía a punto de saltar.

Con voz chirriante gritó:

—¡Maldito seas! ¡Tú no moverás un dedo! ¡No harás nada! ¡Nada!

Los ojos de Tombstone brillaron con una repentina expresión de rácelo. El era un hombre que no disimulaba esas cosas. Musitó:

—¿Sabes qué estoy pensando, nena?

—¿Qué?

—Detrás de esa mafia hay mucha gente «respetable». Hay funcionarios que protegen a los traficantes.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Una cosa muy sencilla y muy fácil de entender. Estoy diciendo que proteges a esa gentuza.

Judith Cannon sacó las uñas como una gata. Se abalanzó a la cara del hombre. Lo

abofeteó con todas sus fuerzas mientras gritaba rabiosamente:

—¡Hijo de puta!

Tombstone no se inmutó ni por las bofetadas ni por el insulto. Mucho más parecía haberle impresionado la proximidad de las curvas de la chica, de los lanzallamas de la chica.

Preguntó:

—¿Has terminado?

—¡No!

—Pues entonces haz un receso, como dicen los jueces. Yo también tengo algo que decirte, nena.

—¿Qué?

—Esto.

Y la sujetó por la cintura de avispa.

Pero lo que había debajo no era de una avispa precisamente.

Era de yegua joven.

Judith masculló:

—¡Suéltame!

No pudo decir más.

El beso en la boca. Las manos por debajo de la falda.

La mesa a su espalda.

¡Infiernos!

¡La estaban tumbando sobre la mesa!

Ella gimió.

—¡No!

Tombstone le quitó de un tirón la falda.

Menudos muslazos al descubierto. Menudas medias. Menudas braguitas que apenas tapaban lo que no vale la pena tapar.

—¡No lo conseguirás!

Trató de asestar un puntapié al hombre, pero con aquel vaivén de piernas no consiguió otra cosa que facilitar el movimiento con que él le quitó las braguitas. Judith repitió:

—¡No lo lograrás!

El siguió impertérrito.

Le abrió más la blusa.

Los parachoques saltaron al aire, capaces de detener en seco al expreso de Pennsylvania.

Judith estaba tendida boca arriba sobre la mesa.

Con las piernas desgraciadamente abiertas.

Con el hombre poderosamente empotrado entre ellas.

Derrotada balbució:

—Lo conseguiste.

Y fue entonces cuando Tombstone la soltó. Cuando dijo suavemente:

—Pues ahora no tengo ganas, nena.

Ella enrojeció de odio.

Eso no se le puede hacer a una mujer. No se puede permitir que ella haga toda una

comedia para que luego, al final, quedarse plantada. Estaría bueno.

Judith masculló:

—¡Haré que te procesen, perro!

—¿Por haber intentado violarte o por haberte dado un desengaño? — preguntó Tombstone.

Y se largó de allí. Dejó a la chica hecha unos zorros.

Con las piernas al aire y con los lanzallamas fuera.

CAPITULO V

Bueno, todo aquello corría prisa.

Tombstone miró su reloj.

Si no lograba en seguida ponerse en contacto con Thatcher, lo más fácil era que éste no viese el próximo amanecer, La noticia de las últimas muertes habría corrido por Nueva York como el fuego sobre un reguero de pólvora, y lo mismo Foster que Kruger lanzarían sus asesinos al ataque. Tendrían prisa en acabar la operación sangrienta y presentarse como unos ciudadanos inmaculados a la mañana siguiente, si les citaba el fiscal del Distrito.

Naturalmente todos ellos tendrían pruebas de que la noche anterior la habían pasado pescando salmones en un río del Canadá.

Por lo tanto corría prisa atraparles con las manos en la masa. Hacer un trato con Thatcher a cambio de salvarle la vida y desenmascarar toda aquella siniestra tramoya antes de que fuera demasiado tarde.

Pero necesitaba conocer la dirección de Thatcher.

Este tenía un despacho oficialmente conocido, claro. Tenía empleados eficientes y secretarias bonitas. Tenía contactos con los bancos y todas esas relaciones de altura que hacen que uno sea uno de esos pocos ciudadanos de Nueva York por los cuales los guardias paran el tráfico.

Pero no estaría en ninguno de los sitios conocidos. Habría husmeado el peligro y habría buscado un buen refugio como lo saben buscar los ratones. No sería fácil encontrarlo en la selva de piedra de Manhattan ni en la selva de árboles auténticos del condenado Meadow, donde tenía una residencia de nueve habitaciones.

Tombstone se detuvo a respirar en una de las esquinas de la Calle Cuarenta y Dos.

Aquello bullía con la animación de la noche.

Ladrones.

Tías de oficio, o sea busconas.

Tíos de oficio, o sea travestís.

Turistas despistados.

Negros que los miraban con expresión de burla.

Coches de la bofia que pasaban aullando.

Tenderos que mantenían sus establecimientos abiertos hasta la media noche y que vigilaban para que allí no entrasen según quién.

Para que no faltase nada, hasta había un tío de la secta de los Panteras Negras que llevaba una lanza.

Tombstone, sin embargo, no se fijaba en nada de eso. Su cerebro trabajaba a la máxima presión. Intentaba dar con la dirección de algún confidente, de alguien que le pudiese facilitar el escondite de Thatcher. Y eso no era fácil de ningún modo.

Fue a la cabina telefónica próxima.

Intentó con dos posibles contactos.

No hubo suerte. No sabían nada. Y contento podía estar Tombstone si inmediatamente no daban al soplo de que estaba buscando a Thatcher, con lo cual las cosas se

complicarían aún más.

Por fin dio con el nombre.

¡Lugan!

El le había salvado la vida una vez. Lugan fingía ser agente comercial, pero en realidad era un incorregible de mucha altura. Trabajaba de «espía financiero». Si un banco preparaba una operación, si una compañía estaba a punto de quebrar, si una gran casa de seguros se iba a fusionar con otra, Lugan lo sabía y vendía el informe. También publicaba noticias financieras en algunos periódicos, naturalmente cobrando de los interesados en publicarlas.

Tombstone le llamó.

Le contestó una voz femenina.

—¡No moleste! —gritó aquella voz—. ¡Ahora que estaba haciendo un trabajo!

—Mira, muñeca, dile al señor Lugan que se la envaine y que deje el

trabajo para más adelante.

—¿Sí, guapo? ¿Y quién eres tú para mandar así?

—Tombstone.

La muñeca debía conocerle, porque inmediatamente susurró:

—Avisaré a Lugan y avisaré también a una funeraria.

Lugan se puso y dijo amablemente:

—Maldita sea tu madre, Tombstone.

—Vaya manera de agradecerme el que ahora puedas estar vivo y con una tía.

—Te equivocas. La «tía» es mi mujer.

—Entonces no me tienes que agradecer nada.

—Bueno, sí... Te tengo que agradecer el que me hayas librado de ella. De vez en cuando me sale con cada invento que no veas.

—Amor con amor se paga. Quiero saber si Thatcher tiene algún escondite discreto.

—¿Es que necesita esconderse?

—Tú sopla lo que sea y no hagas preguntas.

—Una vez le pasé un informe en un sitio que no era el normal.

—¿Qué sitio?

—A la altura de la Calle Cincuenta y Tres, muy cerca de Radio City. Conocerás el sitio.

—No lo conozco demasiado bien, no he matado a nadie allí —contestó mordazmente Tombstone.

—Bueno, pues hay una pequeña tienda de prendas íntimas femeninas que se llama

«Janet». Al lado hay una escalera pequeña. La casa sólo tiene tres pisos y está a punto de ser derruida. Los dos primeros pisos están vacíos. En el tercero tiene Thatcher una especie de cubil.

—¿Tú lo viste allí?

—Ya te he dicho que le soplé un informe.

—De acuerdo, Lugan, gracias. Te debo un favor.

—¿No podrías pagármelo ahora?

—¿Cómo?

—Viniedo a entretener a mi mujer, leches.

Tombstone colgó.

Su cara era una máscara.

No estaba lejos de la Calle Cincuenta y Tres. Once travesías. De todos modos cogió un taxi porque el asunto corría prisa. Tuvo que sacar casi a empujones a un tío y a una tía que se metían en el taxi con él, diciendo ella que el tío era un marica y diciendo él que la tía era una guarra.

Se detuvo ante la tienda. Todo concordaba.

La puerta de al lado.

La llave falsa con un doble juego de muescas correderas que permitían casi diez mil combinaciones. De todos modos Tombstone sabía que no iba a tener tiempo de probar las diez mil. Un par de contactos le permitirían saber qué clase de cerradura era.

Empezó a trabajar.

A aquella hora nadie pasaba por una calle tan tranquila, y los que pasaban habrían hecho testamento antes de meterse con un tío como Tombstone.

A la tercera embestida abrió. No era tan difícil. Pudo captar el viejo olor a rancio de un edificio que apenas se usa.

Ascendió cautelosamente.

No le gustaba aquel silencio.

Pero pasó los dos primeros pisos sin novedad. No parecía haber nadie allí.

Seguramente Thatcher tampoco estaba, lo que complicaría las cosas hasta el infinito.

Porque habría que empezar de nuevo.

Llegó al tercer piso.

Y allí empezó a comprender lo que había ocurrido. Luces encendidas.

El televisor en marcha.

Una botella rota junto a la puerta.

Sangre en las paredes. Sangre hasta el techo. Sangre como si aquello fuese el matadero municipal de Manhattan.

Hasta un tipo como Tombstone palideció.

Y miró a Thatcher.

Vio el bulto tendido en un rincón. El cuerpo en una postura absurda, lo cual indicaba que tenía los huesos rotos. La cabeza casi separada del cuerpo por una terrible cuchillada. La cara destrozada a golpes, de tal modo que apenas era un amasijo rojo.

Tombstone vaciló.

Había llegado demasiado tarde.

Lo único que pudo hacer fue terminarse la botella de whisky en la que aún quedaba un más que respetable fondo.

Whisky gratis. Y encima de buena marca.

CAPITULO VI

Pero la voz de Tombstone no era ni mucho menos la voz de un hombre feliz cuando preguntó, después de discar un determinado número:

—¿Ransom?

Confiaba encontrar ya a su jefe en el despacho.

Pero la voz odiosa de Judith Cannon contesté:

—Sigue con el fiscal.

A partir de ese momento, Tombstone fue menos feliz todavía. Con voz espesa masculló:

—Necesito hablar con él.

—En este momento es imposible, pero trataré de localizarlo. ¿Qué recado quieres que le pase? ¿El número de la sepultura donde van a meterte dentro de media hora? Se lo daré con mucho gusto.

—Menos monsergas. Dile que estoy en el nido de Thatcher.

—¿Una especie de nido secreto?

—Sí.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Cosa mía.

—¿Y qué dice Thatcher?

—No dice nada. Está muerto.

Una especie de pausa dramática se estableció al otro lado del hilo. Tombstone añadió;

—Han hecho un trabajo salvaje con él. Está materialmente destrozado. Irreconocible.

—¿Quieres decir que lo han golpeado?

—Y de qué manera.

—¿Y los vecinos no han oído nada?

—Aquí no hay vecinos.

—Dios santo...

—Oyeme bien, preciosa. He llegado tarde, pero esto no acabará así. Sé que ya no puedo hacer un trato con Thatcher para que hable. Muy bien. Pero esta noche voy a acabar con toda la gentuza que yo sé. Dile al fiscal del Distrito que ya puede ir cerrando los expe-dientes de Foster y de Kruger. Y pensando en los funerales.

—¿Por qué?

—Al amanecer estarán muertos.

—¡Tombstone, te prohíbo usar las armas!

—¿Tu?

—¡En este momento represento al fiscal!

—Tú representas muchas cosas, muñeca, y no todas me gustan. Pero tienes una magnífica oportunidad para evitar que esos dos hombres mueran. Diles que voy a por ellos. Ah... Y no olvides cobrarles lo que te deben por los sueldos atrasados. Mañana ya no te lo podrán pagar.

La voz femenina casi fue un alarido cuando gritó:

—¡Tombstone, me estás insultando!

Tombstone dijo suavemente:

—Sí.

Y colgó.

Su cara volvía a ser una máscara. Husmeó por los alrededores, llegó a la conclusión de que Thatcher no había podido defenderse y luego salió de allí sin más averiguaciones. No podía perder tiempo.

Conocía el escondite de Foster. O al menos su escondite preferido. Pero era dudoso que estuviese allí.

De todos modos tenía que probarlo.

Ahogó una maldición.

Fue a Madison Avenue, en lo más lujoso de Manhattan. Y dentro de lo más lujoso allí estaba la tienda más lujosa. Se podía comprar de todo en ella, con la condición de que fuese lo más caro. Abierta toda la noche.

Joyas para regalar a la última conquista. Corsetería femenina para vestir por dentro a la última conquista. Relojes de lujo, bebidas de importación... Todo lo que pudieran necesitar un hombre y una mujer dispuestos a pasar la gran noche. La gente decía que allí podía comprarse hasta un ataúd, siempre que fuese el más caro de Manhattan.

La cara de Tombstone estaba impasible cuando entró.

Parecía un bloque metálico.

Sabía que quizá encontraría allí a Foster. Pero tendría que actuar con mucha rapidez si quería dar con él.

Pasó sin detenerse por la sección de joyas y bebidas. Sus ojos expertos distinguieron en seguida los sistemas de alarma que estaban instalados allí para prevenir atracos.

Distinguió también un par de gorilas que merodeaban de un lado para otro, atentos para intervenir si ocurría algún incidente. Pero debían ser vigilantes normales de la tienda, no guardaespaldas de Foster.

Fue hasta el fondo del local, hasta la sección más coquetona y más privada: alta corsetería femenina. Que una mujer se comprase un ligero allí pasada la medianoche, podía parecer extraño, pero había que conocer a la fauna que poblaba a aquellas horas ese lado de Madison Avenue: coristas, prostitutas de lujo, cincuentonas que querían entusiasmar a su gigoló y de vez en cuando alguna chica ingenua que quería ganarse en una noche trescientos dólares y un montoncito de ropa.

Una chica estupenda le salió al paso.

Era un tía que estaba como para untar pan.

Casi daban tantas ganas de morderla como a Judith Cannon.

La chica susurró:

—No puede entrar aquí, señor.

—¿Por qué?

—Esto es para señoritas.

—Yo vengo con una señorita.

—¿Quién es?

—Tú.

La chica pegó un respingo.

Pero no tuvo tiempo de nada más. Inmediatamente vio el brillo maléfico del Magnum en la derecha de Tombstone.

—Entra en el probador.

—Pero...

—Entra o disparo.

Ella vaciló unos segundos. Se dio cuenta de que nadie les miraba y por lo tanto nadie podía ayudarla, pero recordó que dentro del probador había un sistema de alarma.

No le sería difícil usarlo. Los maníacos sexuales (porque ella estaba convencida de encontrarse ante un maníaco sexual) cometen muchas distracciones. De modo que fingió someterse y musitó:

—Está bien. Vamos.

Cerró la puerta a su espalda.

El probador era coquetón, elegante, con todos los detalles. Un enorme espejo ocupaba toda la pared. En su superficie se reflejaba la figura asustada de la chica.

Tombstone masculló: instantáneo como un rayo. Tombstone masculló:

—Me lo imaginaba.

Y asestó un terrible golpe al espejo con el cañón del Magnum. Todo pareció estallar en pedazos y se derrumbó en una catarata de cristales y de sonidos. Porque aquel enorme espejo no estaba apoyado en nada, no tenía nada detrás. No había allí una pared, como hubiese parecido lógico, sino una especie de vacío. Y en ese espacio vacío... una cómoda butaca, como de primera fila de platea del más caro teatro de Nueva York.

Pero la butaca estaba también vacía.

Tombstone ahogó de nuevo una maldición.

La chica lanzó un gemido.

Trató de huir, pero Tombstone la cazó por uno de los muslos con un rápido zarpazo. La hermosa hembra cayó al suelo. Los tacones de sus altos zapatos apuntaron al aire. Y

debajo estaban todas las maravillas, debajo estaba todo lo demás.

La cara de Tombstone pareció más que nunca un bloque de acero.

Musitó:

—¿Lo sabías?

—No... no lo imaginaba.

—Vamos a hablar claro, preciosa. No me digas que ahora mismo te descuelgas de un nido de pajaritos. No me digas que ignorabas que ése era el sitio favorito de Foster cuando no tenía nada mejor que hacer.

—¿Para qué... iba a colocarse ahí el señor Foster?

—Para echar un vistazo a las mujeres que se probaban delante del espejo la ropa interior. Foster tiene fama de «voyeur», de maniaco sexual al viejo estilo. Pero esto también le servía para ver quién acompañaba a las chicas y para disponer de un magnífico escondite. Realmente nadie sospecha que hay una habitación aquí.

—Y tú..., ¿cómo lo has sospechado?

—Siempre lo imaginé —masculló Tombstone—, pero tenía que probarlo. Si llega a haber detrás una pared, me cargo el revólver y el puño derecho.

—Lástima.

Tombstone la ayudó a ponerse en pie. Pero los dedos de su izquierda se cerraban en torno al cuello de la chica como si fueran a partírselo de un momento a otro.

—¿A aparecido Foster por aquí? —musitó—. ¿No se ha dedicado a mirar tus muslazos también, nena?

—No le he visto en todo el día.

—¿Adónde da eso?

—No lo sé. Ya te he dicho que no sabía que existiera.

—Pues ahora ya lo sabes. Cuando pongan un espejo nuevo súbete la falda cada vez que entres. A lo mejor el tío del otro lado se pone a aplaudir. Y pasó por encima de lo que quedaba del cristal. Ella balbució:

—Escucha... ¿Quién... quién eres?

—Organizo funerales.

—¿Tú?

—Sí. Y admito el pago a plazos.

Salió de allí. Se había dado cuenta del emplazamiento de la alarma y corría el riesgo de que la empleada la hiciese funcionar, pero el zapato femenino no se posó en el pedal. Al contrario, la chica le vio desaparecer entre asombrada y fascinada, como si no entendiese nada de lo que acababa de ocurrir.

Tombstone recorrió un corto pasillo. Más allá había una salita con mueble bar, un diván y un pequeño cuarto de baño anexo. El aire que se respiraba en el lugar era aire acondicionado. No se vislumbraba ninguna salida.

Pero tenía que haberla. Tombstone la buscó en el mueble bar, mientras sus nervios vibraban a causa de la impaciencia. Estaba perdiendo un tiempo precioso que luego ya no podría recuperar. Cada vez que cambiaba una botella de sitio sentía un pinchazo. No descubría nada.

Por fin dio con el resorte. Era un cenicero con una fuerte carga magnética. Le bastó con desplazarlo para que una parte metálica del mueble se desplazase también.

Una pequeña zona del panel de la pared giró.

No quedaba demasiado espacio libre, pero permitía el paso de un cuerpo humano.

Tombstone se deslizó por allí.

Y se encontró en el parking privado del dueño del edificio. Un armario con herramientas disimulaba la salida. Un poco más allá se distinguían dos coches, ambos europeos: un Porsche y un Mercedes 500. Un tipo como Foster podía permitirse esos lujos.

El pistolero entrecerró los ojos.

Ninguno de aquellos coches le podía dar pistas.

¿O sí?

Observó que uno de ellos estaba sucio. Era el Porsche. Estaba lleno de polvo, y sus neumáticos de ancho especial aparecían llenos de incrustaciones, como si acabase de recorrer un mal camino.

Tombstone se inclinó para examinarlos como el que examina una joya.

Y realmente era una joya, puesto que aquel bólido podía llegar a costar cien mil dólares. Claro que a Tombstone, que lo había probado en un rally, no le gustaban aquellos coches donde su musculoso cuerpo de atleta quedaba muy encajonado, muy prisionero en el asiento, como si acabase de penetrar en una nave espacial.

Poco a poco su atención se fue concentrando en el detalle de las ruedas. Los neumáticos eran especiales, con numerosos relieves de todas las medidas, y en los relieves más estrechos habían quedado incrustados algunos granos de arena gruesa. Eso

fue lo que más atrajo el interés de Tombstone.

Luego se incorporó y rozó el capó con los dedos. Aún estaba algo caliente. Eso indicaba que el Porsche acababa de llegar de regreso de algún sitio donde había arena, una arena muy blanca.

¿Una playa que no estuviese lejana? ¿Quizá Jamaica Bay?

No, en Jamaica Bay no existe arena de ese color. La arena de las playas más cercanas a Nueva York es más clásica, más dorada. Esta era una arena del Caribe, de Cuba o Santo Domingo, por ejemplo. Lo cual no dejaba de ser sorprendente, porque por mucho que corra un Porsche no se ha inventado ningún modelo, por ahora, que pueda llegar hasta el Caribe en vuelo rasante.

Los ojos de Tombstone se entrecerraron.

Y entonces sus labios se distendieron en una sonrisa. Porque el cerebro se le había llenado de chicas. Chicas en monokini. Chicas con las tetas al aire. Chicas sin monokini.

Chicas con el sexo al aire. Chicas con la boca entreabierta, haciendo «glup, glup».

Chicas, chicas...

Y menudas chicas.

CAPITULO VII

Lo recordaba muy bien. Lo había visto en una revista de gran tirada, una de esas en las que las mujeres enseñan lo que tienen y lo que vale la pena tener. ¿Era *Penthouse*?

Bueno, en todo caso se trataba de un reportaje fantástico, uno de esas reportajes de las mil y una noches que, vistos y leídos por unos limpiabotas de Harlem, le hacen pensar que también a él le llegará la suerte, que también un día todo aquello será suyo. Una fantástica playa de arena muy blanca. Una mansión caribeña junto al mar. Unas chicas invitadas por el dueño de la mansión, y que daban saltitos enseñándolo todo. Y eso apenas a veinte millas de Nueva York, en uno de los pocos rincones de su costa atlántica.

Recordaba los tribunales: «El millonario Nelson inaugura su nueva mansión de verano con una gran fiesta». «Docenas de hermosos modelos animaron la presentación». «Lo más costoso ha sido trasladar desde las playas de arena blanca, lo que presta a la playa particular del señor Nelson una fascinación única».

Perfecto.

El lujoso coche había ido hasta allí, hasta la casa de Nelson, conducido por un chófer.

Luego, el chófer había vuelto, dejando el bólido en su sitio como si nada hubiera ocurrido, como si no hubiese salido de allí. O en todo caso nadie podía saber adónde había ido.

Pero los corpúsculos de arena incrustados en los relieves de las ruedas estaban allí.

Arena gruesa y blanca, única en la zona. Arena que había llegado hasta el camino pegado a la playa por el que se habían deslizado las ruedas millonarias del Porsche.

Por lo tanto Foster estaba en la casa de Nelson. Y no era tan extraño, puesto que se rumoreaba que Nelson debía parte de su inmensa fortuna al tráfico de mandanga.

Buen asunto.

La noche estaba resultando movidita.

Tombstone se metió en el porche que tenía las llaves de contacto puestas. Accionó el resorte eléctrico que abría la puerta del garaje privado y salió de allí. La puerta volvió a cerrarse a su espalda silenciosamente.

Rodó hasta la casa de Nelson.

Había un acceso vigilado antes de llegar hasta la playa. Y un gorila en aquel acceso.

Pero debía de conocer el Porsche porque se acercó sin recelo. Una linterna iluminó la cara de piedra de Tombstone.

—Soy el segundo chófer del señor Foster —dijo éste—. He de hablar urgentemente con él.

—¿Qué pasa?

—Ha habido algún problema en la tienda de Madison Avenue.

—Espera.

Volvió a su cabina de cristales antibala y llamó por teléfono. Aquello tenía tantas medidas de seguridad como un centro de lanzamiento espacial. Regresó al cabo de unos instantes, con expresión algo perpleja.

—No contesta nadie — dijo.

—Natural —dijo Tombstone tranquilamente.

—¿Por qué es natural?

—Debe de haber chicas aquí, supongo.

—Siempre las hay.

—Pues el señor Foster estará con alguna. Y no querrá que le molesten.

—Es posible, pero entonces también tendrás que esperarte tú. No vamos a interrumpirle ahora.

—De acuerdo —dijo Tombstone resignadamente—. Alzas la barrera, paso y me espero dentro. No voy a estar aquí de plantón, con este coche tan a la vista.

—Bien.

La barrera fue alzada.

Tombstone pasó. Bajó del coche. El guardia se acercó a él.

—¿En qué habitaciones han hospedado al señor Foster?

—En el ala sur del edificio. Allí.

Señaló un magnífico pabellón tan cercano al mar que casi era besado por las olas.

Amarradero privado, yate dispuesto a hacerse a la mar y toda la pesca.

—¿Muchas chicas? —preguntó Tombstone.

—Para Foster sólo una. Pero de campeonato.

—Hay gente que vive como Dios.

—Y lo que tú no sabes.

Tombstone dijo:

—Lo que no sabes tú.

Movió el brazo derecho.

¡TLOC!

Fue como un mazazo.

Cazado en frío en el mentón, el gorila se derrumbó.

Ni siquiera debió sentir nada. Los ojos se le pusieron en blanco mientras rodaba por tierra.

Velozmente Tombstone lo amordazó, lo ató y lo colocó dentro de la garita, tumbado en el suelo. Corría el peligro de que mientras él estaba dentro llegara otro coche, pero había de confiar en la suerte. Luego se dirigió entre las sombras al pabellón que te habían indicado.

Todo aquello parecía estar vacío.

No se oía más que el rumor manso del mar.

Quizá había otros guardianes en las habitaciones, pero en todo caso no aparecerían por allí. Quién sabe si se distraerían con alguna de las mujeres que solían acompañar a Nelson, según acababa de decir el vigilante, sólo le había asignado una, «Aunque es de campeonato», había dicho el tío antes de acabar «groggy».

Vio una terraza hasta la que se podía ascender con facilidad. Su cuerpo felino se perdió en las sombras. Hizo un violento esfuerzo y se

colgó de la baranda.

Un balcón comunicaba con aquella terraza. Había una gran puerta abierta, con las cortinas oscilando al viento. Más allá se veían unos muebles elegantes y se da una suave música. También el rumor de las olas llegaba hasta el balcón como una caricia.

Tombstone se coló dentro.

Y vio a Foster.

Lo conocía bien.

No se podía equivocar con él.

Lo que pasaba es que ahora estaba algo cambiado.

La noche le debía de haber sentado mal. Quizá había tenido un corte de digestión. Pero un corte de digestión algo especial, porque se lo había causado un cuchillo con mango de plomo que tenía clavado en el pecho. Justo a la altura del corazón, que es donde las mujeres y los cuchillos más daño hacen.

CAPITULO VIII

Incluso un tipo tan tranquilo como Tombstone quedó lívido. La verdad era que no había esperado aquello.

Con ojos expertos examinó el fiambre.

No debía de llevar muerto ni media hora. La sangre aún estaba fresca. Ni el menor síntoma de «rigor mortis» se insinuaba aún.

No había nadie más allí.

El silencio se mascaba.

Los ojos de Tombstone fueron entonces hacia el cuchillo. Ya había observado que era un arma con mango de plomo, o sea apta para lanzar. Y algo le dijo que la habían lanzado, efectivamente. Los bordes de la herida eran secos y limpios, lo cual indicaba que había entrado de un solo golpe, como una bala, y sin la desviación, aunque sea mínima, que siempre produce una mano en el momento de impactar.

Pero en todo caso, el cuchillo había sido lanzado con gran maestría y con una no desdeñable dosis de fuerza. ¿Por quién?

No parecía lógico que aquello lo hubiese hecho una mujer, sino un tío. ¿Pero qué clase de tío?

Y además tenía que haber allí una chica. El guardián se lo había dicho. Una «señorita de compañía». Una tía de campeonato. Una de esas mujeres que sólo los multimillonarios como Nelson pueden ofrecer a sus amigos cuando las dan alojamiento.

¿Dónde estaba la chica? ¿Había sido ella testigo del crimen? ¿Y por lo tanto se la habían cargado también?

Tombstone fue hacia la única puerta que había en la habitación, aparte de la de la balconada. La abrió sólo un poco para mirar, en el más absoluto silencio.

Y la vio.

Se estaba quitando un poco el maquillaje ante el espejo.

No se había puesto la falda aún.

Sus soberbias piernas estaban al aire.

Usaba una ropita interior que hubiese mareado incluso a la preciosa dependienta del Madison Avenue.

En efecto, era una tía de campeonato.

Pero quizá no hubiese tenido nada de particular. Hay muchas tías de campeonato en América. No, no hubiese tenido nada de particular de no ser algo que produjo en los párpados de Tombstone una sacudida eléctrica.

Porque él la conocía muy bien.

Porque era Judith Cannon.

CAPITULO IX

Tombstone entró con la mayor naturalidad, aunque esa naturalidad era ficticia. Por primera vez en su vida se le había secado la boca, y no sabía por qué.

Sentía una especie de náusea.

De modo que aquella mujer...

La palabra casi quemó en sus labios.

«Put».

Pero no dijo ni una palabra.

Ella se volvió de pronto.

Los ojos se le desencajaron.

El hecho de no llevar falda permitió ver que le temblaban un poco las opulentas piernas.

Balbució:

—Tú...

Tombstone dijo con voz opaca:

—Tienes una carrera en una media, nena.

Y añadió:

—¿Te la ha hecho el muerto?

Judith Cannon estaba lívida. Pero, curiosamente al mostrarse con toda su tentadora belleza de mujer, parecía más desamparada, más joven y más niña.

Ella intentó rehacerse.

Preguntó:

¿Qué haces aquí?

—Ya ves.

—Sigues organizando funerales, ¿no?

—Sí, pero ahora cobro por adelantado. ¿Y tú? ¿Tú qué haces aquí, Judith Cannon?

¿Rezar el rosario?

—Trabajo.

—En lo tuyo, ¿verdad?

—¿Qué es lo mío?

—Trabajas de puta de lujo.

Todo el hermoso cuerpo de la muchacha se tensó. Sus labios formaron una mueca.

Avanzó dos pasos hacia Tombstone mirándole fijamente, con los puños apretados como los de un hombre.

—Maldito... —dijo.

Cannon no pudo más.

No supo lo que le pasaba

La abofeteó. El golpe resonó en toda la quietud de la habitación como un aldabonazo. El impacto fue tan brutal, sin que él se diera cuenta, que Judith cayó de espaldas y con las piernas al aire, también apuntando al techo los altísimos tacones de sus zapatos. Como le había pasado también a la chica de la tienda de la corsetería. Y debajo estaban todas las maravillas, debajo estaba todo lo demás.

Pero Tombstone no miró tanta curva ni tanta carne joven, hecha para ser acariciada.

Hecha para ser mordida. Hecha para...

Sentía una especie de asco.

—De modo que no me había equivocado —musitó.

—¿En qué no te has equivocado, perro?

—En que Foster te pagaba un sueldo. En que toda esa gentuza te pagaba un sueldo. Tú, la ayudante del fiscal... Tú vendida a los

traficantes de drogas... Tú, con las manos metidas en esos centenares de millones que se mueven cada año en torno al negocio más asqueroso del mundo... Tú, que juraste un día defender la ley y que escupes sobre la ley.

Hizo una mueca.

Su cara de acero era más dura, más implacable que nunca.

Añadió:

—Lo que acabo de decirte ya provoca una náusea. Pero lo que estoy viendo es aún peor.

—¿Qué?

—Que además te ganes un sueldo como zorra de lujo al servicio de Foster ya es demasiado. Es demasiado incluso para un tipejo acostumbrado a todo como yo.

Ella vaciló.

Algo parecía romperse en el interior de su cuerpo de mujer cara, de zorra de alta categoría, apta sólo para ser tocada por las más importantes fortunas de América.

Pero balbució al fin:

—Eso no te importa.

—Me importa todo lo que pasa aquí, muñeca.

—No lo que hago con mi cuerpo.

Tombstone se mordió el labio inferior.

—Eso es verdad —susurró—. Dicen que el cuerpo es libre. Las zorras sois libres.

—Cállate...

—No me voy a callar en una cosa: quiero saber quién te ha hecho entrar aquí.

—El propio Foster.

—Antes de que se lo cargaran, supongo. ¿O quizá te hizo entrar

cuando ya estaba muerto?

Ella guardó silencio.

Tenía los labios apretados en una mueca.

—¿Vas a contestarme, nena? —masculló Tombstone.

—¿Qué quieres saber?

—Quién se cargó a Foster. Así de sencillo.

—¿Y a ti qué te importa quién haya sido? De todos modos, ¿no ibas a cargártelo tú?

—Quiero saber quién se me ha adelantado. Cuestión de celos, ¿entiendes? Yo soy así de pelmazo.

—No he sido yo.

—Eso lo doy por descontado. Ha sido un hombre que tiene bastante fuerza y que lanza muy bien los cuchillos. Tú eres una chica sana y fuerte, pero dudo que tengas la suficiente preparación.

—Supongo que ha sido un ajuste de cuentas. Yo no lo sé ni me importa. De pronto a Foster se lo cargaron. Puede haber sido un enviado del propio Nelson. No quiero

meterme en líos ni en las venganzas de la gente de la droga.

—No olvides que es «tu gente».

Ella tembló un momento. Sus ojos vacilaron. Pero logró rehacerse cuando dijo:

—Yo no sé adónde tengo que llegar. Yo sé lo que me conviene ver y lo que no me conviene ver.

—¿Y esta vez qué has visto?

—Un tipo se cargó a Foster de la forma que tú acabas de decir. Lo has adivinado.

—Supongo que porque soy del «oficio».

—Sí... Supongo que sí... Porque tú también eres una rata.

—¿Por qué el pájaro no se te cargó a ti también? Al fin y al cabo podrías ser un testigo de cargo.

—No me vio.

—¿Cómo que no?

—Yo estaba en el baño.

—¿Y no miró ahí?

—No.

—¿Tú le viste?

—Sí. Pude verle.

—¿Le conocías?

—No. Era un desconocido.

—¿Y le dejaste huir?

—¿Qué querías, que me matara a mí también?

—En eso tienes toda la razón. Pero podías haber dado la alarma.

—¿Alarma? Mira, a mí Foster me importaba vivo, no muerto. Que se vaya al infierno. Ya no me sirve de nada.

—Otro te pagará, ¿no?

—Puede.

Y la chica le dirigió una mirada despectiva. Una cosa, al menos, estaba clara: los tenía como un toro. No sentía miedo. No la atemorizaba ni un tipo como Tombstone, que era un profesional de la muerte.

Le miró y preguntó secamente mientras empezaba a ponerse la falda y cubría sus prodigiosas piernas:

—¿Qué pasa? ¿Vas a pegarme otra vez? ¿Es eso lo que quieres?

—No hace falta que te pegue. Te has caído con todo el equipo, preciosa. Estás perdida si no me matas ni antes.

—¿Perdida?

—Será divertido cuando todo el mundo se entere de que la ayudante del fiscal del Distrito no sólo está al servicio de los magnates de la droga, sino que se mete en la cama con ellos. Habrá muchas envidias, te lo aseguro. Todo el mundo querrá enterarse de la clase de tipazo que tienes.

Judith no se inmutó, a pesar de que sabía que Tombstone era un servidor de la ley y no hablaba en broma. Siguió desafiándole con la mirada mientras preguntaba:

—¿Sí? ¿Y cómo lo vas a demostrar? ¿Crees que he dejado detrás mío fotografías o papeles? Vas listo, perro. Será tu palabra, mejor dicho, tu ladrido, contra mi palabra.

—No tanto. Puedo telefonear desde aquí mismo al propio fiscal del Distrito.

—¿Te atreverás? ¿Crees que las llamadas no están controladas desde esta misma casa?

¿Cuánto crees que viviremos los dos si los hombres de Foster se enteran de que vienen hacia aquí todos los esbirros de la ley?

Tombstone preguntó sin inmutarse:

—¿Cuántos pistoleros hay en esta casa?

—Siempre hay siete u ocho. No podrás matarlos a todos, Tombstone. Te cargarás a dos o tres como máximo. Pero los otros se te cargarán a ti.

—Es un pensamiento muy razonable, nena. No avisaré desde aquí al fiscal del Distrito, pero tu porvenir sigue siendo negro. Te hundiré. A partir de ahora tendrás que hacer de zorra en la cárcel. Creo que allí también pagan.

Y la sujetó por un brazo como si arrastrara un mueble.

Judith Cannon ya estaba vestida.

Iba a sacarla de allí.

Y entonces notó su mirada.

Su mirada caliente y tierna, tan viva, que era casi viscosa. Una mirada que llegaba a atravesar la piel.

Algo vaciló en Tombstone.

No sabía lo que era.

Pero era como una vibración a flor de piel, algo que le quitaba las fuerzas y le hacía sentir lo que no había sentido nunca. Se odiaba a sí mismo por sentir lo que sentía: la mujer era un imán para él.

Judith musitó:

—Tú no eres un chivato, Tombstone. Tú nunca denuncias. Tú matas.

—Estás muy equivocada. Hablaré con el fiscal.

—No, no lo harás. Quizá me mates. Eso es cierto. Y yo te diré por qué

—¿Por qué?

—Porque tienes celos.

El cuerpo de Tombstone se estremeció. Pero seguía sintiendo que la piel de la mujer le quemaba como una llama.

—¿Celos? musitó.

—Sí. A ti no te importa que yo sirva a todos esos contrabandistas de basura, a todos esos traficantes de muerte. En el fondo, hasta quizá me lo perdonarías. Pero nunca me perdonarás una cosa: que haya sido su amante.

Tombstone sintió un cosquilleo en la nuca.

Nunca le habían dicho una verdad tan exacta, tan certera. Pero intentó que su rostro fuera tan impasible como siempre cuando dijo:

—Nunca he sentido celos de una fulana. Ni aunque fuese cara.

—Mejor para ti, asesino. Mejor para ti.

Y se dirigió a la puerta, pasando materialmente a su lado.

Demasiado cerca.

Con sus curvas potentes.

Con su cara de niña.

Con el perfume de su piel.

Tombstone la sujetó por la nuca. No pudo evitarlo.

La acercó brutalmente hacia sí.

Ella le miraba fijamente. Con desafío. Con desdén. Con toda su fantástica belleza.

La dobló salvajemente entre sus brazos. La besó. Buscó entre los dientes la caricia de su lengua. Le hizo daño. La destrozó. La apretó contra sí como una muñeca a la que quisiera destruir antes de amarla.

Y ella se dejó besar.

Todo su cuerpo vibraba.

La fantástica grupa.

Las fabulosas piernas.

Y además la muy maldita acompañaba la caricia. La muy maldita estaba moviendo la lengua.

Con desafío musitó:

—Sigue.

Tombstone siguió.

Su abrazo fue un zarpazo de tigre.

Su boca pareció destrozar la boca de la mujer, como si allí estuviera la única vida que le interesaba vivir.

El cuerpo de Judith Cannon quedó doblado.

Y entonces Tombstone disparó.

CAPITULO X

El hombre que estaba en el umbral de la puerta, el que miraba asombrado todo aquello, se estremeció de lleno al ser alcanzado en el pecho. La mano con la que intentaba sacar la pistola de la funda axilar quedó colgada en el aire. La cabeza se balanceó a un lado grotescamente. Pero aún intentó empuñar el arma.

Una segunda bala le hizo salir disparado hacia atrás como un pelele.

Tombstone soltó a la chica.

Ella cayó a tierra.

Habla dos hombres más allí, avanzando por la habitación donde se hallaba el cadáver de Foster. Los dos llevaban pistolas Walther y demostraron que sabían usarlas. Enviaron un chorro de plomo con diabólica rapidez.

Hubieran atravesado a Tombstone caso de haber estado éste en el mismo sitio. Pero Tombstone ya había saltado y rodado bajo una mesa. Las balas quedaron clavadas en la pared como insectos de muerte.

Los dos tipos siguieron avanzando.

Fue su error.

Durante unos segundos no pudieron ver a Tombstone, pero Tombstone pudo verles a ellos. Disparó dos veces con aquella auténtica pieza de artillería que era su Magnum 581, de más de un kilo de peso, cuando los otros modelos no llegan al kilo. De cañón algo más largo que el famoso modelo 66, sus impactos a aquella corta distancia resultaron demoledores.

Hubo bastante.

Los dos hombres rodaron por tierra como fardos.

Tombstone dirigió una rápida mirada a la muchacha y se dio cuenta de que estaba bien, aunque pegada a una pared y sin atreverse a respirar. Luego echó un vistazo a los cadáveres e identificó en seguida al primero de ellos, al que había estado a punto de sorprenderle cuando besaba a Judith Cannon.

Era Nelson, el dueño de la casa.

Tombstone pensó: «Buena cacería.»

Aquel buitres, ligado en secreto a los negocios de la droga, lo había pagado bien sin necesidad de jueces, tribunales, testigos ni mandangas. Tombstone sabía que, hasta el día de su muerte, iba a ser partidario de la justicia directa.

Le dijo a Judith:

—Hay que salir de aquí.

Su cara volvía a aparecer de acero. No se había alterado en absoluto, a pesar de que acababa de matar a tres hombres.

Se dirigió hacia la balconada por que entró antes, seguido de Judith. Estaba claro que a ella tampoco le gustaba la idea de quedarse allí. Vieron que la salida parecía expedita por el lado de la playa. No se divisaba a nadie y la casa estaba en un extraño silencio.

Demasiado silencio.

Pronto llegaría el ataque por varios sitios a la vez, pues estaba claro que en la residencia de Nelson había más gorilas. Pero Tombstone confiaba estar lejos cuando el asunto

comenzase.

Saltó.

Sus flexibles piernas fueron como un resorte que mantuvieron el cuerpo en pie. Giró velozmente y miró a Judith, que estaba descolgada por la barandilla.

—¡Salta!

Ella no lo pensó dos veces. Ya se oían gritos por el otro lado de la casa. Se dejó caer, y los poderosos brazos de Tombstone la cazaron en el aire.

No lo entendía. Estaba perdiendo con ella unos segundos preciosos. Se estaba jugando la piel por una mujer a la que odiaba. Pero de pronto se estaba dando cuenta de que aquello era lo más importante de su vida.

—¡Hacia allí!

Corrieron en dirección a la playa. Esta no era más que un conjunto de sombras. A poca distancia se oía el rumor manso del mar, sobre el que flotaba una suave neblina

—¡El embarcadero!

Era Judith la que lo había dicho. Por lo visto, conocía aquello un poco. Los dos corrieron hacia donde estaban las lanchas motoras de Nelson. Había nada menos que tres.

Un tipo armado con un rifle apareció de pronto ante ellos. No les dio ni el alto.

Inmediatamente se echó el rifle a la cara para tirar a matar.

No tuvo tiempo.

Le tocó el gordo de la lotería.

Tener delante a Tombstone era como jugar todos los números.

Tombstone hizo un solo disparo.

Su enemigo lanzó un grito. El rifle salió despedido por los aires y cayó al agua. También el cuerpo se hundió con un sordo chapoteo, mientras Judith ahogaba un grito.

Tombstone hizo un rápido examen de la situación. Un segundo después pasaba a la acción. Envío una bala contra el motor de una de las lanchas y lo convirtió poco menos que en una chatarra. Luego introdujo un nuevo repuesto en el cilindro del Magnum y envió dos balas más contra el segundo fuera borda. El motor saltó materialmente por los aires, mientras las válvulas se disparaban por el terrible hueco, como vísceras de un organismo vivo. Quedaba una tercera lancha para hundir, y ahora sabía Tombstone que no iban a poder perseguirles. Empujó a la muchacha hacia el interior mientras barbotaba:

—¡Túmbate!

Era un buen consejo, porque algunos de los gorilas de Nelson se habían dado cuenta de la situación y disparaban contra el embarcadero con balas trazadoras. Se lo estaban jugando todo a una carta porque aquello era una locura. Los patrulleros que estuviesen más cerca oirían el estruendo y vendrían aullando hacia allí.

Pero antes Tombstone estaría muerto si no se daba prisa.

Hizo arrancar el motor. Por fortuna, éste era bueno y respondió desde el primer momento. Desató la lancha y ésta salió aullando mientras una nueva cortina de balas trazadoras pasaba a pocos pies por encima de su cabeza.

Pronto dejaron el estruendo atrás. La noche de la bahía estaba llena de calma, era como un extraño sueño. A lo lejos, muy lejos, como una luciérnaga dormida, se captaban las luces del Puente Verrazano. Y otras luciérnagas más pequeñas que se deslizaban por debajo, rumbo a los muelles de Manhattan.

Eran los buques que continuamente llegaban a Nueva York.

Tombstone miró a la chica, aunque no podía ver más que una sombra.

—¿Tranquila? — preguntó.

Ella también le miraba. Y en el silencio de la bahía, sólo roto por el petardeo del motor, contestó:

—Bruto, me duele la boca.

CAPITULO XI

Tombstone dejó la lancha a considerable distancia de allí, casi en los amarraderos de los grandes trasatlánticos, en pleno Manhattan. Allí la noche estaba tranquila y no parecía que nadie les persiguiese. Era una de esas noches que cualquier romántico hubiese dicho que estaban hechas para el amor y no para la muerte.

La diferencia debía de materializarse en el embarcadero de la mansión de Nelson, adonde habría acudido una nube de patrulleros atraídos por los fuegos artificiales. La redada habría sido sensacional a la fuerza. Pero Tombstone pensaba que lo peor estaba por resolver.

Se daba cuenta también de que en parte podía resolverlo él.

Pero curiosamente no tenía fuerzas para eso. Por primera vez en su vida algo fallaba en su interior. No podía.

Mientras saltaban de la lancha miró fijamente a Judith Cannon.

Ella musitó:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así?

—Porque sé que debería llamar al fiscal del Distrito, porque sé que

debería decirle quién eres y el juego que estás jugando. Quizá así tu jefe averiguaría más cosas de las que en este momento puede soñar.

Judith le sostuvo la mirada y preguntó desafiante:

—Muy bien, ¿por qué no lo haces?

—Por la cosa más estúpida del mundo.

—¿Cuál es esa cosa tan estúpida?

—Te quiero.

Hubo un momento de silencio entre los dos, un momento de tensión, de vacío, como si de repente se hubiese parado la noche. Tombstone pareció avergonzarse repentinamente de aquella declaración que nunca había hecho, una declaración que lo convertía en un ser humano cuando él no había querido transformarse en ser humano jamás. El no vivía para amar mujeres, sino para matar hombres. Por eso acabó alzando la derecha un momento y dejándola caer con un gesto de negligencia mientras musitaba:

—Olvídalo.

—¿Vas a denunciarme?

—Me temo que no tendré fuerzas.

—Entonces, gracias, amigo —dijo ella con el mayor desparpajo.

Tombstone contestó con toda brutalidad:

—Adiós, puta.

Y le volvió la espalda.

Así se separaron los dos, así se dirigieron por caminos distintos y que él pensaba que no iban a confluir nunca. Tombstone hizo un terrible esfuerzo mental y trató de olvidarse de la chica.

En parte lo consiguió. Se olvidó de la mitad de la chica.

Logró olvidarse de cómo era Judith de cintura para arriba, pero sin embargo siguió teniendo clavada entre las cejas la imagen de cómo era Judith de cintura para abajo.

O sea, que peor aún. Cuando uno piensa en las chicas sólo de cintura

para abajo, suele

acabar desastrosamente.

* * *

Tombstone sabía que en esta maldita noche todo se decidía, y que él no podía pararse ya. Tenía que acabar con Kruger, el otro gran dirigente del tráfico de drogas. Muertos Foster y Nelson, muerto Thatcher, que era el «financiero» de la organización, sólo quedaba Kruger para sostenerla. Y él tenía que acabar con Kruger esta misma noche.

De este modo quedaría desarticulada toda la red. Y no habría guerra entre grupos rivales, entre hombres que pretendían hacerse con el cargo del mando supremo. Muertos los que estaban arriba, sólo quedarían los que estaban abajo, y éstos iban a caer fácilmente. Pero todo dependía de esta noche.

El pistolero volvió a la Calle 42. Había hecho un largo trayecto antes de volver allí. Un trayecto salpicado de muertos. Y se detuvo un instante entre el denso tráfico de la zona a pesar de lo avanzado de la hora. Se detuvo entre los salteadores, los últimos turistas, las fulanas, los travestís de los macarras, mientras sus pensamientos era ocupados por una sola pregunta: ¿dónde infiernos estaría Kruger? ¿Cómo iba a poder encontrarle?

Kruger tenía un despacho oficial, claro, puesto que era un hombre «respetable», pero no estaría allí. Tampoco estaría en el despacho de sus industrias de Brooklin. Seguro que se había dado el piro, pues a esas horas ya debía conocer la noticia de las últimas muertes.

Pero de pronto Tombstone apretó los puños.

Acababa de tener una idea.

Claro... Eso tenía que ser.

El abogado de Kruger.

Documentos comprometedores. Pagares. Movimientos de fondos. Fletes de buques que transportaban la mandanga oculta en sus bodegas. Todos esas documentos debían estar en las manos del abogado de Kruger, amparados por el secreto profesional. Pero Kruger, apremiado por las circunstancias, habría ido allí a toda velocidad para pedir que fueran destruidos. El secreto profesional del abogado no

debía parecerle garantía suficiente.

Era posible que lo encontrase allí.

Pero tenía que darse prisa...

Tomó un taxi en el cruce con Octava Avenida y le dio la dirección de Preston, el abogado de Kruger. Todo el mundo conocía a aquel ratón sabio, especialista en obtener libertades a los diez minutos de la detención. Tenía sus oficinas en la Tercera Avenida, a la altura de la Cincuenta y Cuatro, en uno de los mejores sitios de Manhattan.

También había allí conserje nocturno, aunque sólo fuera para evitar robos. Era un tío duro y concentrado, con una pinta de ex combatiente del Vietnam que tumbaba de espaldas.

Y en seguida reconoció en Tombstone a uno que era mucho más duro que él.

Instintivamente sintió respeto.

Tombstone le mostró su credencial.

—Quiero ver al abogado Preston —dijo—. Sé que acaba de subir.

Era una bala al azar, pero no podía estar seguro de que Preston hubiese venido. Pero suponía que sí. Suponía que Kruger le habría llamado para reunirse urgentemente en aquel despacho.

Y acertó. El conserje hizo una mueca.

—Planta treinta —dijo—. Hay varias personas arriba... No sé qué diablos pasa esta noche.

Tombstone sí que lo sabía.

Fue a la planta treinta.

Vio la puerta del lujoso despacho.

No se molestó en llamar.

Había un sólido juego de cerraduras, pero sólo estaba funcionando una. Las demás no habían sido utilizadas, quizá porque los que estaban dentro pensaban marcharse en seguida. Aquella cerradura no resistió ni un momento cuando Tombstone se puso a trabajar en ella.

Entró.

Vio un largo pasillo enmoquetado. Paredes suntuosamente decoradas. El acceso a una sala de espera con muebles que hubieran quedado bien incluso en la propia Casa Blanca.

Lo que no vio fue lo que tenía detrás.

El revólver.

La voz opaca que dijo a su espalda:

—Más vale que levantes las manos, pichón, querido hijo mío.

A Tombstone no le habían llamado nunca esas casas.

Estuvo a punto de saltar lanzando un grito de karate, para jugárselo todo a una carta.

Pero un revólver suele ser un buen consejero. Se detuvo quieto.

La voz dijo:

—Quiero verte la cara. Vuélvete.

Tombstone pensó: «Esta vez he dado un paso en falso. Me han atrapado de lleno.»

Pero se volvió.

Y entonces quedó sin aliento.

Hasta los ojos se le volvieron vidriosos.

Porque vio a quien menos podía esperar. Vio al muerto, vio... ...¡a Thatcher!

CAPITULO XII

Tombstone sólo pudo barbotar:

—Pero...

Era lo más absurdo que le había ocurrido en su vida.

El había visto poco antes el cadáver de Thatcher, había visto que... Pero de pronto sus pensamientos se paralizaron. ¿Qué diablos había visto él?

Un cadáver con la cara destrozada. ¿Tatcher? ¿Qué motivos serios tenía para pensar que se trataba de Tatcher realmente?

La sangre pareció dejar de circular por sus venas. ¿Qué infiernos significaba aquello? Sólo una cosa: que la trama era mucho más complicada y fina de lo que el había imaginado en un principio. Y más mortífera.

Pero lo curioso era que Tatcher parecía también estar asombrado. Como si hubiese esperado encontrar a cualquiera menos a él. Incluso el revólver parecía temblar entre sus dedos.

Tombstone no lo entendía.

Y aún lo entendió menos un segundo después. Cuando tres figuras aparecieron en el fondo del pasillo, en el lugar que correspondía al lujoso despacho de Preston.

Oyó la voz de éste:

—¡No! ¡Aquí no!

Era una voz angustiosa, casi desesperada.

Pero los tres hombres acababan de aparecer a unas tres yardas de distancia y no se detuvieron. Tombstone los distinguió confusamente: dos gorilas a los que había visto detenidos alguna vez y... ¡y Kruger!

Se sintió acorralado.

Tatcher por detrás, los otros por delante, no iba a tener la menor posibilidad de salir vivo.

Pero estaba dispuesto a morir luchando. Lanzó un gruñido gutural mientras llevaba la derecha a la culata de su Magnum. Y entonces la sorpresa casi le paralizó de nuevo.

Porque Tatcher no disparaba contra él. Disparaba... ¡contra los otros!

¡Estaba de su parte!

Tombstone no lo entendía, pero tampoco se detuvo a pensarlo. Movié la derecha.

Rechinaron sus dientes. Funcionó el gatillo.

Fue como una racha atronadora, como los disparas de un crucero

pesado. Thatcher y él enviaron una nube de polvo hacia el fondo del pasillo. Los tres hombres, uno de los cuales llevaba una terrorífica ametralladora «Marietta» de ínfimo tamaño, cayeron como segados por una guadaña invisible. Las balas les llegaron al pecho, a las piernas, a la cabeza... Cayeron atravesados como peleles mientras lanzaban gritos guturales y cho-caban contra las paredes. Sólo el de la «Marietta» pudo disparar. En menos de una décima de segundo destrozó con un chorro de balas la puerta del piso, junto a la cabeza de Tombstone, pero sin poder alcanzar a éste. Por una sencilla razón: cuando pudo apretar el gatillo ya estaba muerto.

El abogado Preston avanzó tambaleándose hasta el umbral de su despacho. Solamente pudo repetir:

—Aquí no...

—Nada le va a ocurrir, Preston, siempre que entregue los documentos que estaban destruyendo —dijo Thatcher con voz helada—, Y no intente nada. Puedo asegurarle que mi amigo dispara más rápido de lo que piensa.

Tombstone apenas pudo abrir la boca para decir:

—¿Su amigo?

—Naturalmente que sí... ¿Por qué cree que mataron a mi hija? —había brillo delatador de lágrimas en el fondo de los ojos de Thatcher—. ¿Por qué infiernos piensa que lo hicieron? Pues porque supieron al final que yo trabajaba para los federales, que yo fingía

«blanquear» el dinero de la organización para irme metiendo en sus redes financieras y llegar a desmontar toda la tramoya. Y me hubieran matado esta misma noche a mí también de no haber sembrado usted el caos en sus filas. Por eso digo que es mi amigo. Y

de qué manera.

Tombstone susurró:

—¿Pero entonces Judith Cannon?

—Era mi ayudante en el asunto. También estaba en esta investigación suicida. Fingió dejarse comprar para infundirles confianza. Fingió incluso estar dispuesta a vender su cuerpo a alguno de esos buitres... Pero no llegó a hacerlo. También le dijo a usted, Tombstone, que no interviniera. Ella quería hacer las cosas a su modo. Pero usted y su

Magnum han resultado providenciales. Sin eso estaríamos muertos todos...

Tombstone farfulló:

—Maldita sea, yo también necesito una cosa providencial

—¿Qué?

—Una tía que yo sé.

Y fue corriendo hacia el teléfono, pasando por encima de los muertos.

Confiaba en acordarse del teléfono del fiscal del Distrito, donde localizarían a Judith Cannon. Le costó bastante trabajo, porque lo confundió dos veces con los de dos funerarias próximas.

Pero al fin, cuando la tuvo al otro lado del hilo, sólo pudo decir:

—Premio, muñeca...

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España